

Mis amigos de la Biblia

Etta B. Degering / Tomo 5





Mis amigos de la Biblia

Etta B. Degering / Tomo 5



Ilustraciones: Robert L. Berran

Historias que aparecen en este tomo:

Daniel y sus amigos

Daniel y los leones

Zaqueo el estafador

Jabel el pastor

ASOCIACION PUBLICADORA INTERAMERICANA

Bogotá—Caracas—Guatemala—Madrid—Managua

México—Panamá—San Salvador—San José, C.R.

San Juan, P.R.—Santo Domingo—Tegucigalpa





Daniel y sus amigos

Era mediodía en la ciudad de Jerusalén; acababan de terminar las clases en la escuela del templo. Daniel y sus tres buenos amigos regresaban cada cual a su casa para almorzar. De pronto, sonó la trompeta. Tu-tú, tu-tú —resonaba la trompeta.

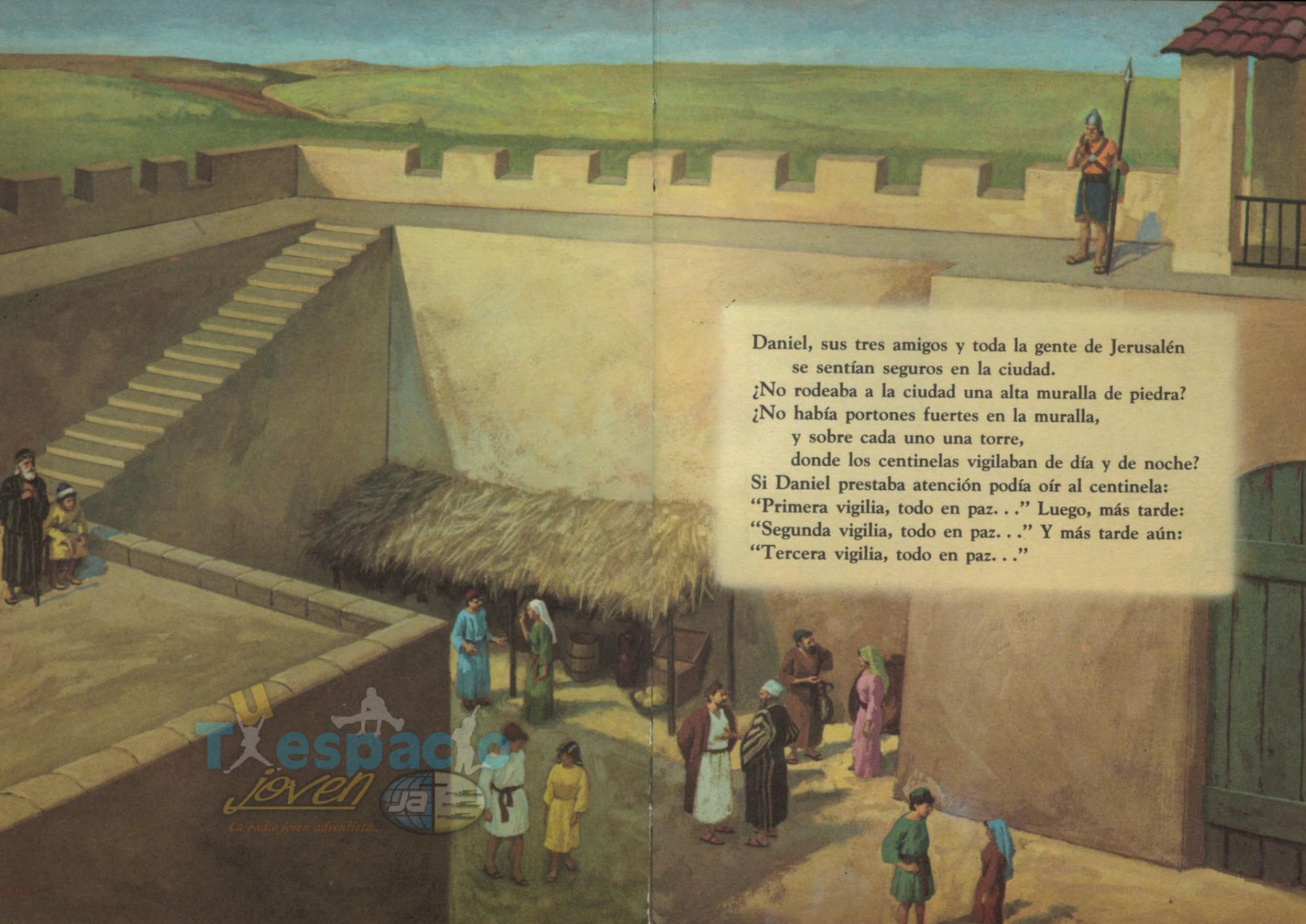


Era el llamado a la oración del mediodía.
Tres veces por día —por la mañana, al mediodía y por la noche— un sacerdote salía al atrio del templo y tocaba el cuerno de cabra que servía de trompeta.
—¡Tu-tú, tu-tú! ¡Es la hora de las oraciones!
Daniel se dio vuelta hasta quedar mirando al templo.
Sus amigos se dieron vuelta y miraron hacia el templo.
Toda la gente de Jerusalén se detuvo en sus quehaceres para mirar hacia el templo.
Con las cabezas inclinadas, oraron al Dios del cielo.

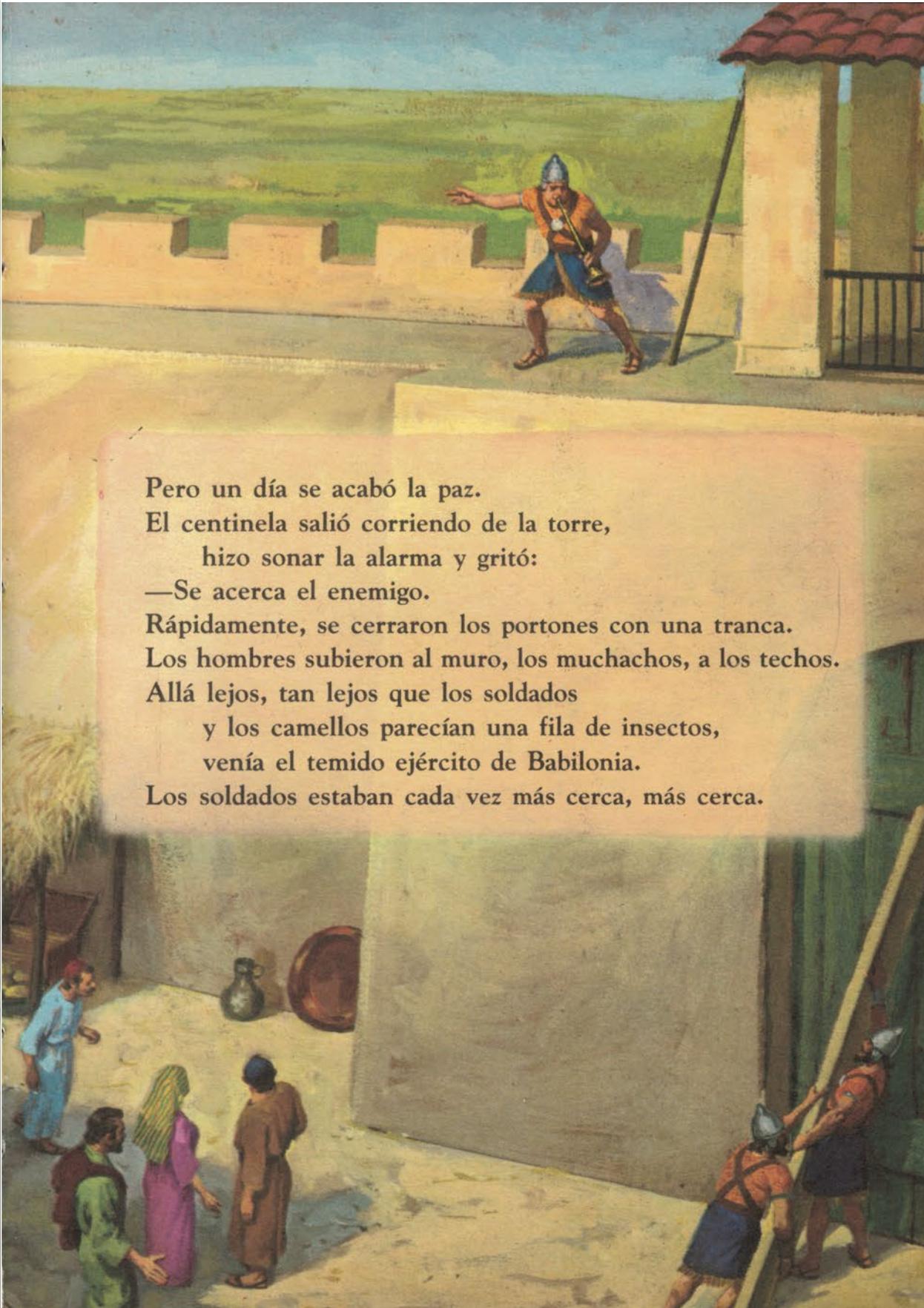
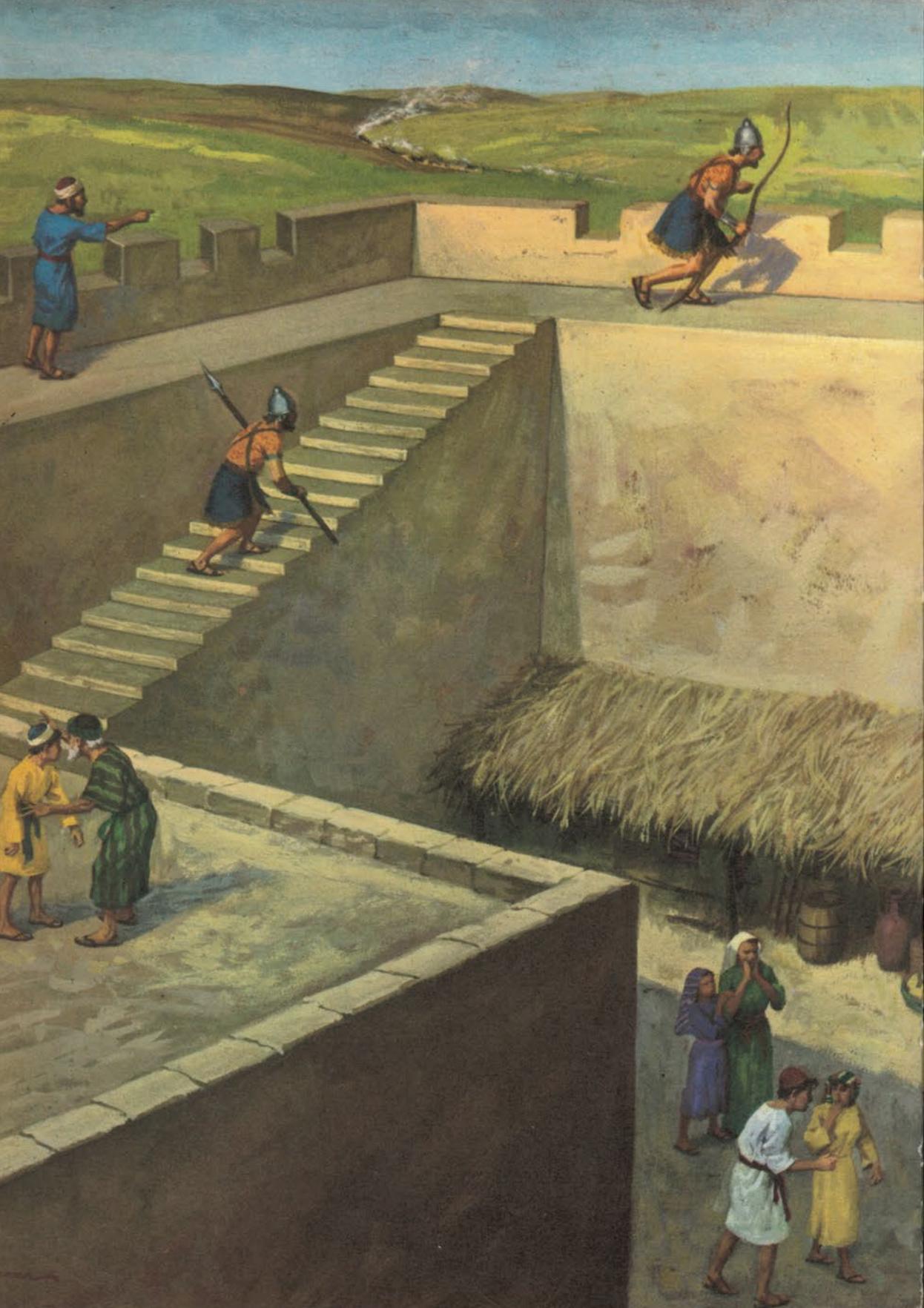


En casa, la mamá de Daniel sirvió potaje para el almuerzo.
El potaje era un plato de frijoles, lentejas y verduras,
pan negro, bayas y dátiles.
A Daniel le encantaba el potaje:
el potaje lo haría fuerte;
el potaje lo haría crecer sano;
el potaje le ayudaría a sacar buenas notas.





Daniel, sus tres amigos y toda la gente de Jerusalén se sentían seguros en la ciudad.
¿No rodeaba a la ciudad una alta muralla de piedra?
¿No había portones fuertes en la muralla,
y sobre cada uno una torre,
donde los centinelas vigilaban de día y de noche?
Si Daniel prestaba atención podía oír al centinela:
“Primera vigilia, todo en paz. . .” Luego, más tarde:
“Segunda vigilia, todo en paz. . .” Y más tarde aún:
“Tercera vigilia, todo en paz. . .”



Pero un día se acabó la paz.
El centinela salió corriendo de la torre,
hizo sonar la alarma y gritó:
—Se acerca el enemigo.
Rápidamente, se cerraron los portones con una tranca.
Los hombres subieron al muro, los muchachos, a los techos.
Allá lejos, tan lejos que los soldados
y los camellos parecían una fila de insectos,
venía el temido ejército de Babilonia.
Los soldados estaban cada vez más cerca, más cerca.



El ejército de Babilonia se asentó cerca de Jerusalén.
Los soldados construyeron tremendas máquinas (arietes)
y las pusieron contra la muralla.

¡Pum! . . . ¡Pum! . . . ¡Pum! . . .

Todo el día los arietes

golpeaban los muros de Jerusalén.

¡Pum! . . . ¡Pum! . . . ¡Pum! . . .

Al fin, después de muchos días,

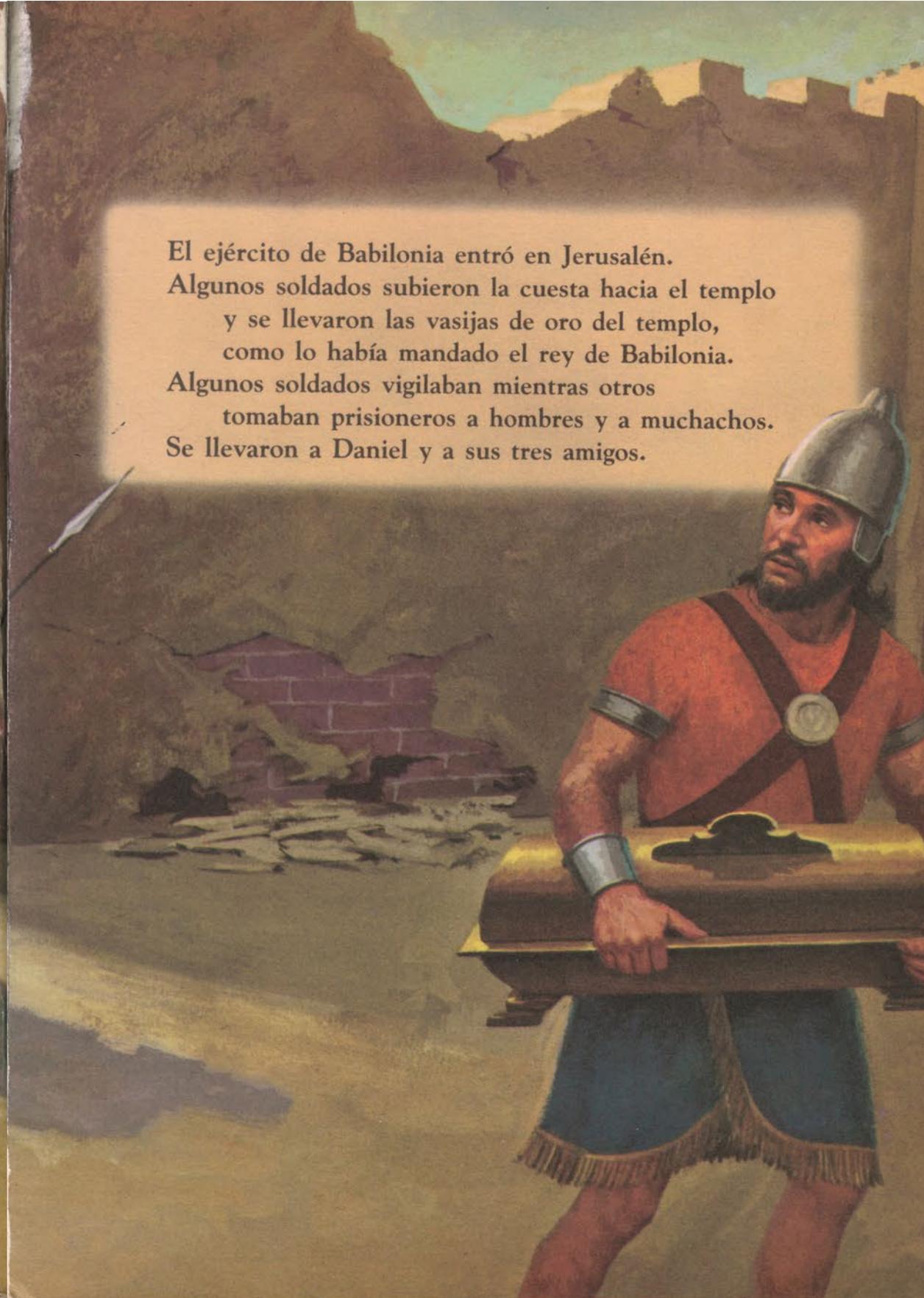
una parte de la muralla cedió y se cayó.

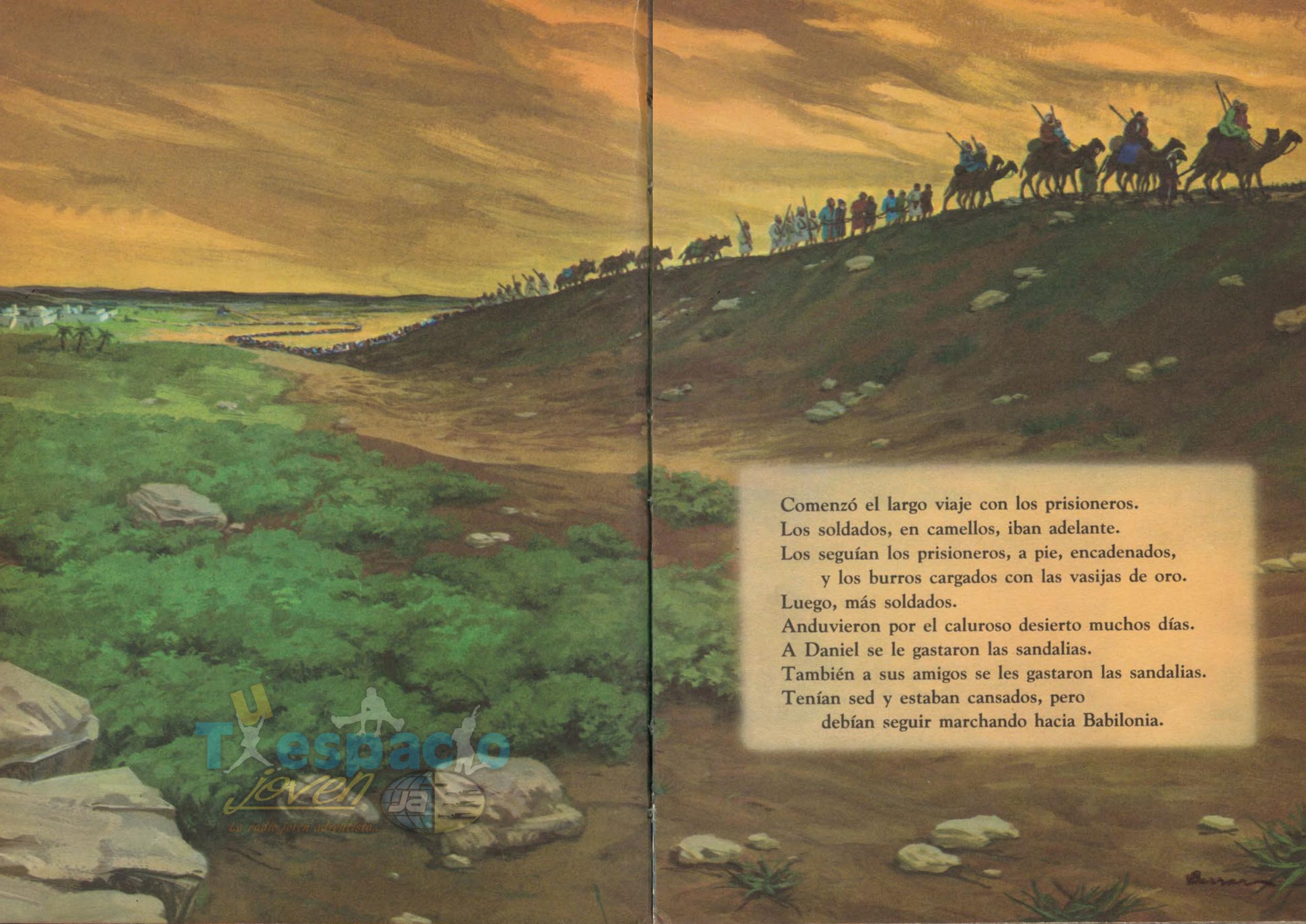
Tu espacio
joven

La radio joven, para todos.



El ejército de Babilonia entró en Jerusalén.
Algunos soldados subieron la cuesta hacia el templo
y se llevaron las vasijas de oro del templo,
como lo había mandado el rey de Babilonia.
Algunos soldados vigilaban mientras otros
tomaban prisioneros a hombres y a muchachos.
Se llevaron a Daniel y a sus tres amigos.

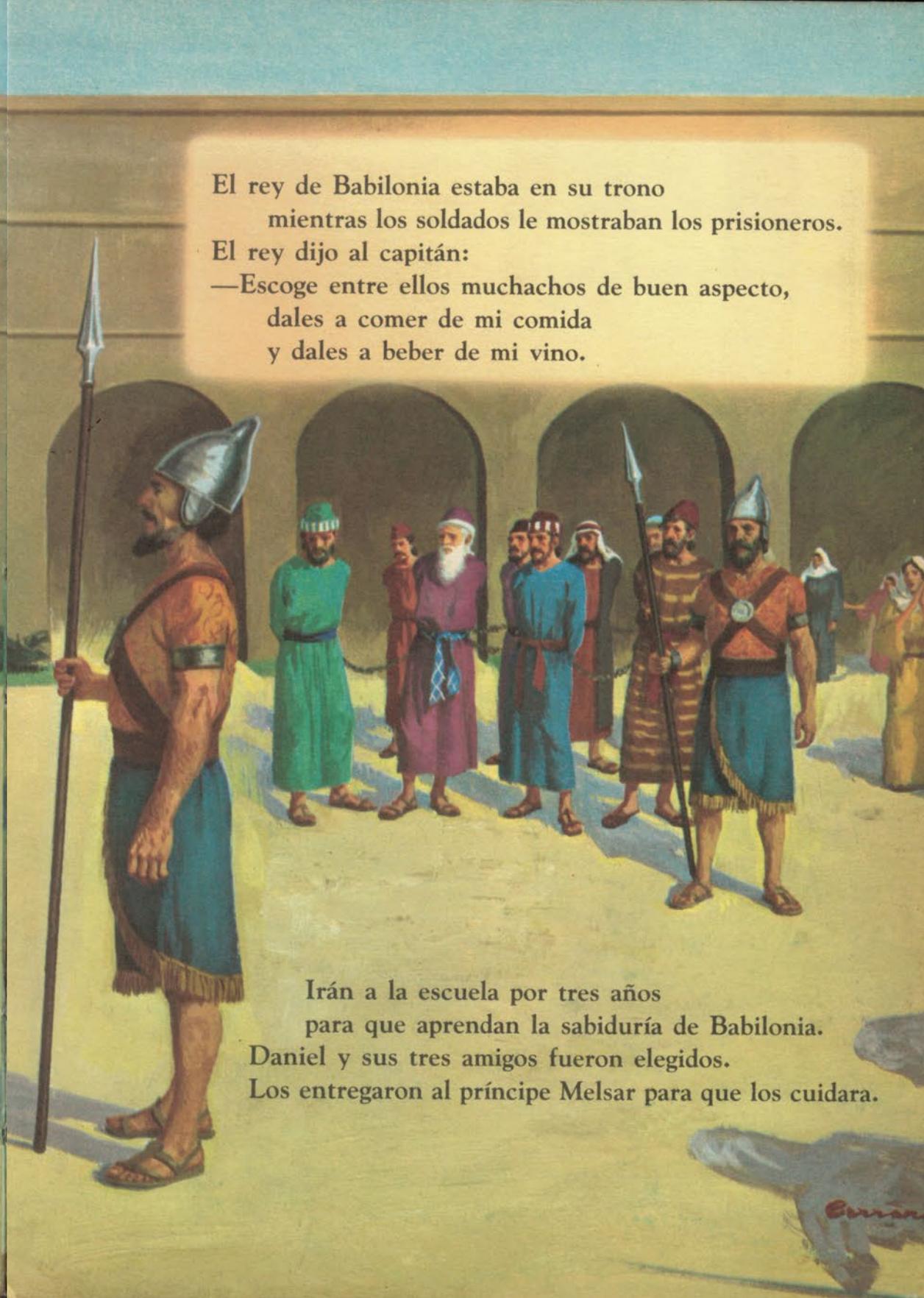




Comenzó el largo viaje con los prisioneros.
Los soldados, en camellos, iban adelante.
Los seguían los prisioneros, a pie, encadenados,
y los burros cargados con las vasijas de oro.
Luego, más soldados.
Anduvieron por el caluroso desierto muchos días.
A Daniel se le gastaron las sandalias.
También a sus amigos se les gastaron las sandalias.
Tenían sed y estaban cansados, pero
debían seguir marchando hacia Babilonia.

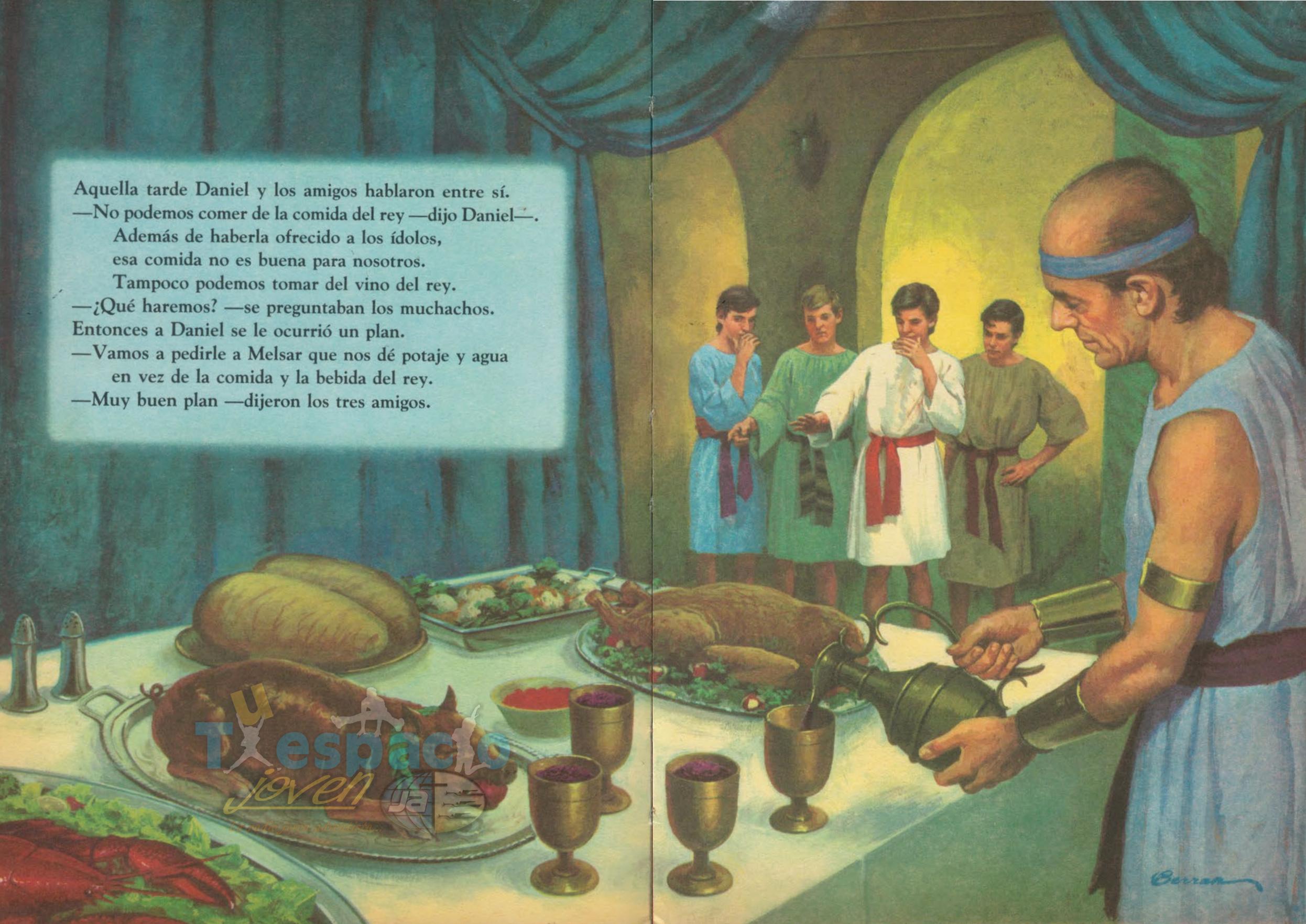


El rey de Babilonia estaba en su trono
mientras los soldados le mostraban los prisioneros.
El rey dijo al capitán:
—Escoge entre ellos muchachos de buen aspecto,
dales a comer de mi comida
y dales a beber de mi vino.



Irán a la escuela por tres años
para que aprendan la sabiduría de Babilonia.
Daniel y sus tres amigos fueron elegidos.
Los entregaron al príncipe Melsar para que los cuidara.

Aquella tarde Daniel y los amigos hablaron entre sí.
—No podemos comer de la comida del rey —dijo Daniel—.
Además de haberla ofrecido a los ídolos,
esa comida no es buena para nosotros.
Tampoco podemos tomar del vino del rey.
—¿Qué haremos? —se preguntaban los muchachos.
Entonces a Daniel se le ocurrió un plan.
—Vamos a pedirle a Melsar que nos dé potaje y agua
en vez de la comida y la bebida del rey.
—Muy buen plan —dijeron los tres amigos.



Tu espacio
joven

La vida por siempre

Corran



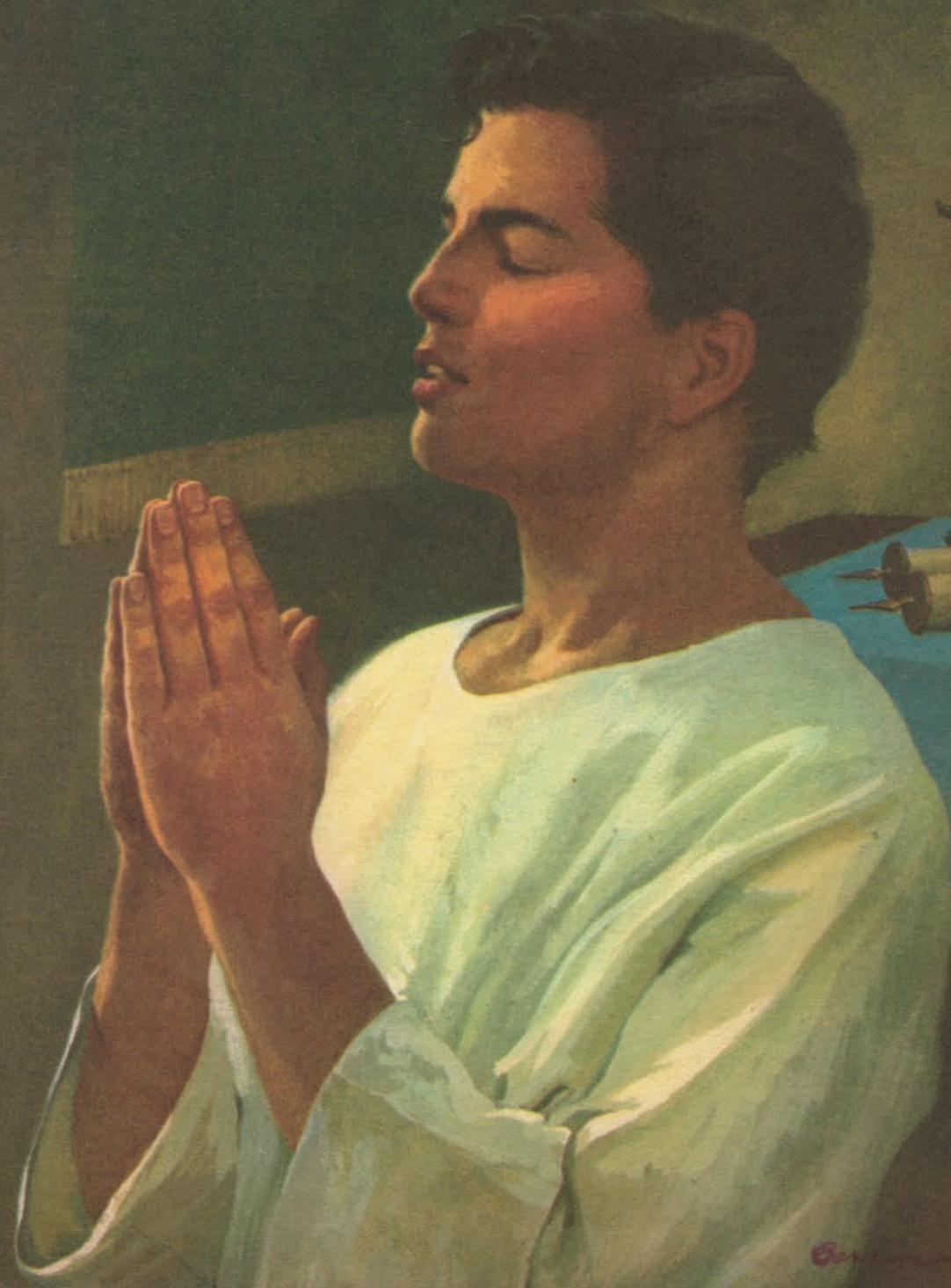
Daniel y sus amigos fueron a hablar con el príncipe Melsar. Lo saludaron y luego le pidieron potaje y agua en vez de la comida y la bebida del rey.

—No, muchachos —dijo Melsar—. Si el rey los ve a ustedes más delgados que los demás, y si llega a saber que es porque les di potaje y agua, ¡seguro que me corta la cabeza!

—Pero haga la prueba sólo diez días —le rogó Daniel. Por fin, Melsar aceptó darles potaje y agua por diez días.

—Luego de eso veremos qué pasa —dijo el príncipe.

Aunque Daniel y sus amigos estaban lejos de su hogar y a pesar de que no se oía la trompeta del cuerno de carnero para recordárselo, no se olvidaron de orar. De mañana, a mediodía y de noche Daniel abría la ventana que daba hacia el templo, allá en Jerusalén, y oraba al Dios del cielo. Le pidió a Dios que bendijera el potaje y el agua, y le rogó que los hiciera fuertes y sanos para que Melsar supiera que el potaje y el agua eran mejor comida y bebida que la del rey.





Cuando pasaron los diez días el príncipe Melsar reunió a todos los muchachos. Los miró bien a la cara; les apretó los músculos, y vio que Daniel y sus amigos estaban más fuertes y más sanos que los muchachos que habían comido la comida del rey. Desde entonces, durante los tres años de escuela, el príncipe Melsar les siguió dando potaje y agua a Daniel y a sus tres amigos.

Uno... dos... tres años pasaron;

Daniel y sus amigos terminaron su curso.
Habían crecido en estatura. ¿Eran más sabios?
El rey mismo los examinaría.

Daniel con sus amigos vestidos con ropa limpia,
el cabello bien peinado y las sandalias lustradas,
se presentaron ante el rey de Babilonia.

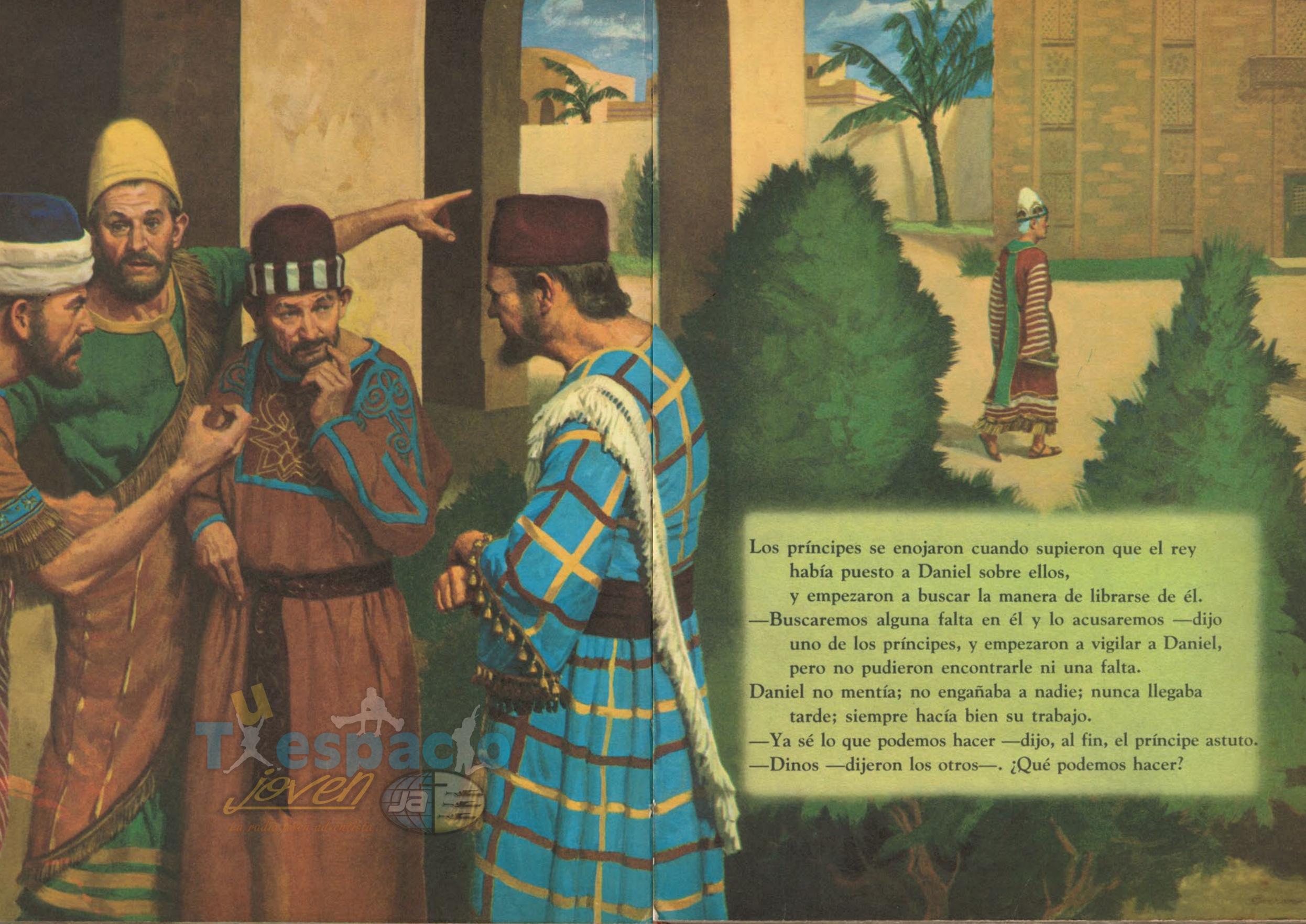
El rey les hizo pregunta tras pregunta.
Y el rey encontró que Daniel y sus tres amigos
¡eran D-I-E-Z veces superiores a todos los sabios de Babilonia!





Daniel y los leones

Habían pasado muchos años desde que Daniel llegara como prisionero a Babilonia. Daniel ya era un hombre hecho y derecho, y muy sabio. Y ahora un nuevo rey se sentaba en el trono real. El nuevo rey pronto se dio cuenta de que, pasara lo que pasase, podía confiar en Daniel. Así fue que el rey puso a Daniel como su ayudante sobre toda la gente de su reino y sobre todos los sabios de su reino y sobre todos los príncipes de su reino.



Los príncipes se enojaron cuando supieron que el rey había puesto a Daniel sobre ellos, y empezaron a buscar la manera de librarse de él. —Buscaremos alguna falta en él y lo acusaremos —dijo uno de los príncipes, y empezaron a vigilar a Daniel, pero no pudieron encontrarle ni una falta. Daniel no mentía; no engañaba a nadie; nunca llegaba tarde; siempre hacía bien su trabajo. —Ya sé lo que podemos hacer —dijo, al fin, el príncipe astuto. —Dinos —dijeron los otros—. ¿Qué podemos hacer?



—¿Notaron ustedes cómo Daniel abre la ventana que da hacia Jerusalén de mañana, a mediodía y de noche? ¿No oyeron cómo ora al Dios del cielo? —dijo el príncipe malo—. Hagamos una ley que diga que cualquiera que ore a algún dios excepto al rey, durante treinta días, sea echado al foso de los leones.

—El rey se alegrará tanto que, sin pensar en Daniel, aprobará la ley —dijo otro de los príncipes.

—¡Ja, ja, ja! —rieron los príncipes—. ¡Daniel será echado al foso de los leones!



Los príncipes prepararon la ley y se la llevaron al rey.
—Oh, rey, es nuestro deseo honrar a Su Majestad —dijo el astuto príncipe—. Hemos preparado una ley que dice que el que ore a dios alguno que no sea Su Majestad, durante treinta días, será echado a los leones.

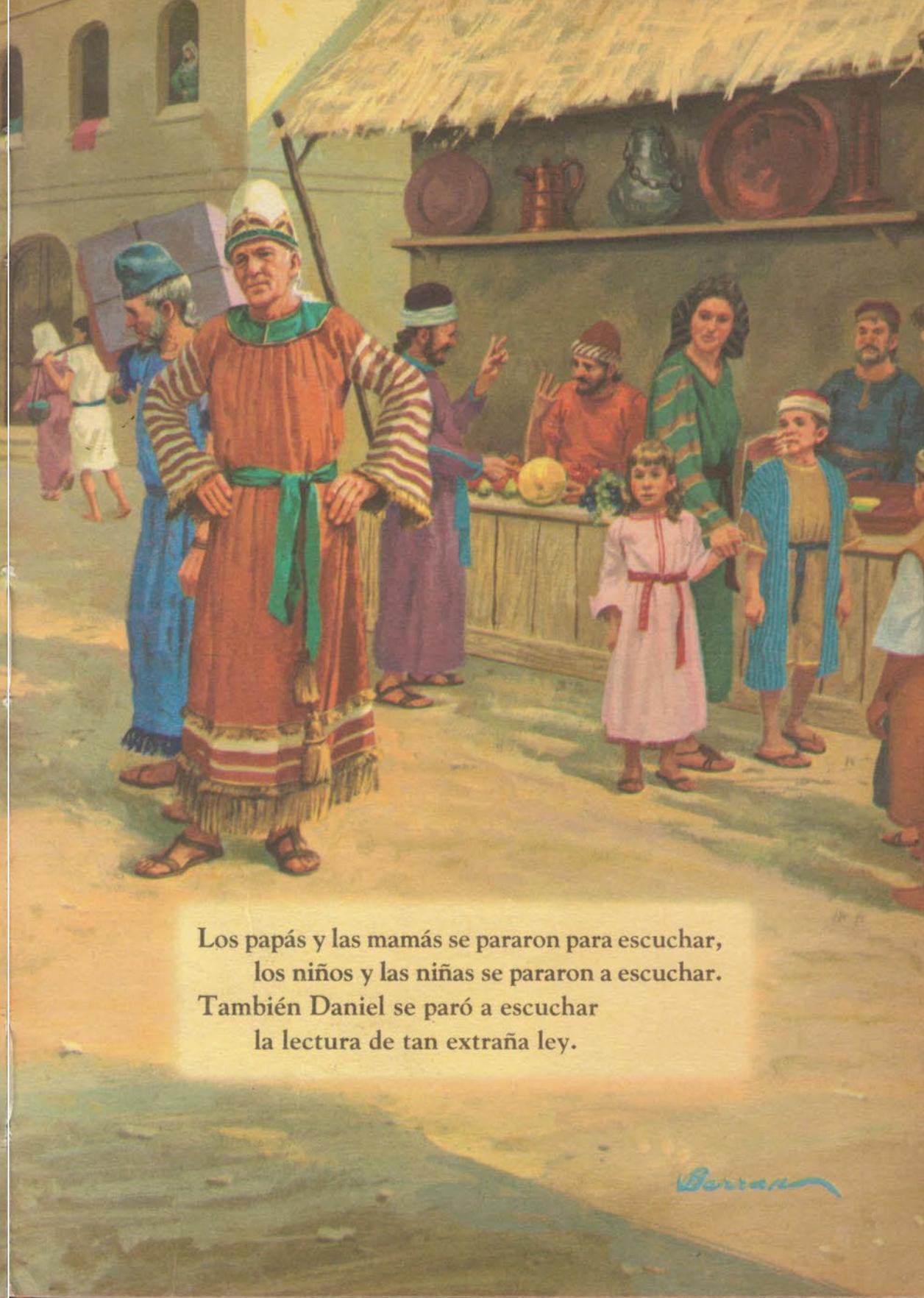
El rey se puso muy contento y pidió la cera para sellar la ley.

Un sirviente derramó cera derretida sobre el papel y el rey, con un anillo especial que llevaba, selló la ley. Ahora, la ley no podía ser cambiada.





Se enviaron mensajeros por las calles de la ciudad para que leyeran la nueva ley a la gente.
—¡Atención! ¡Atención! —gritaban los mensajeros—. Durante los próximos treinta días, quien ore a dios alguno que no sea el rey, será echado al foso de los leones.



Los papás y las mamás se pararon para escuchar, los niños y las niñas se pararon a escuchar. También Daniel se paró a escuchar la lectura de tan extraña ley.

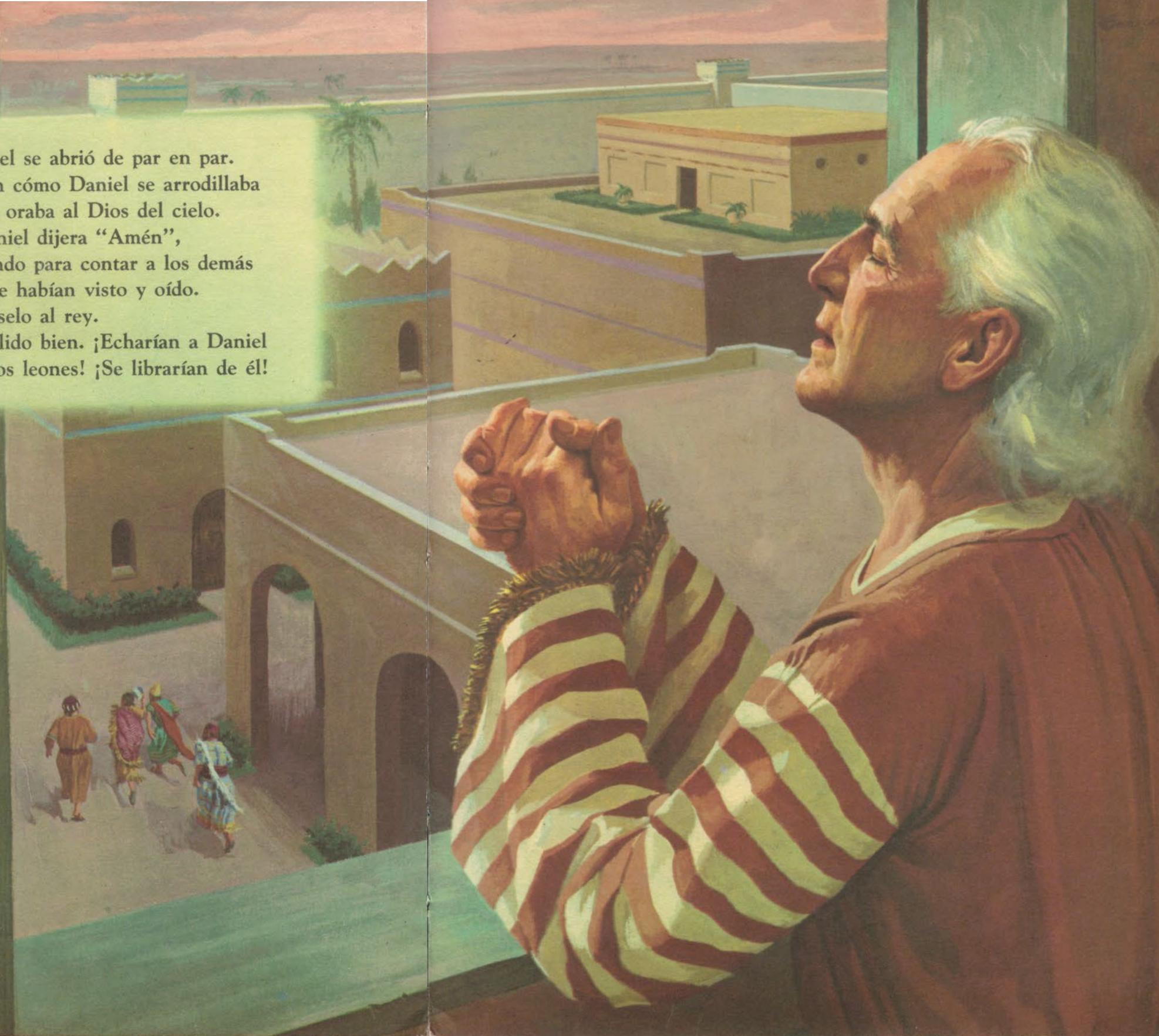
Barran

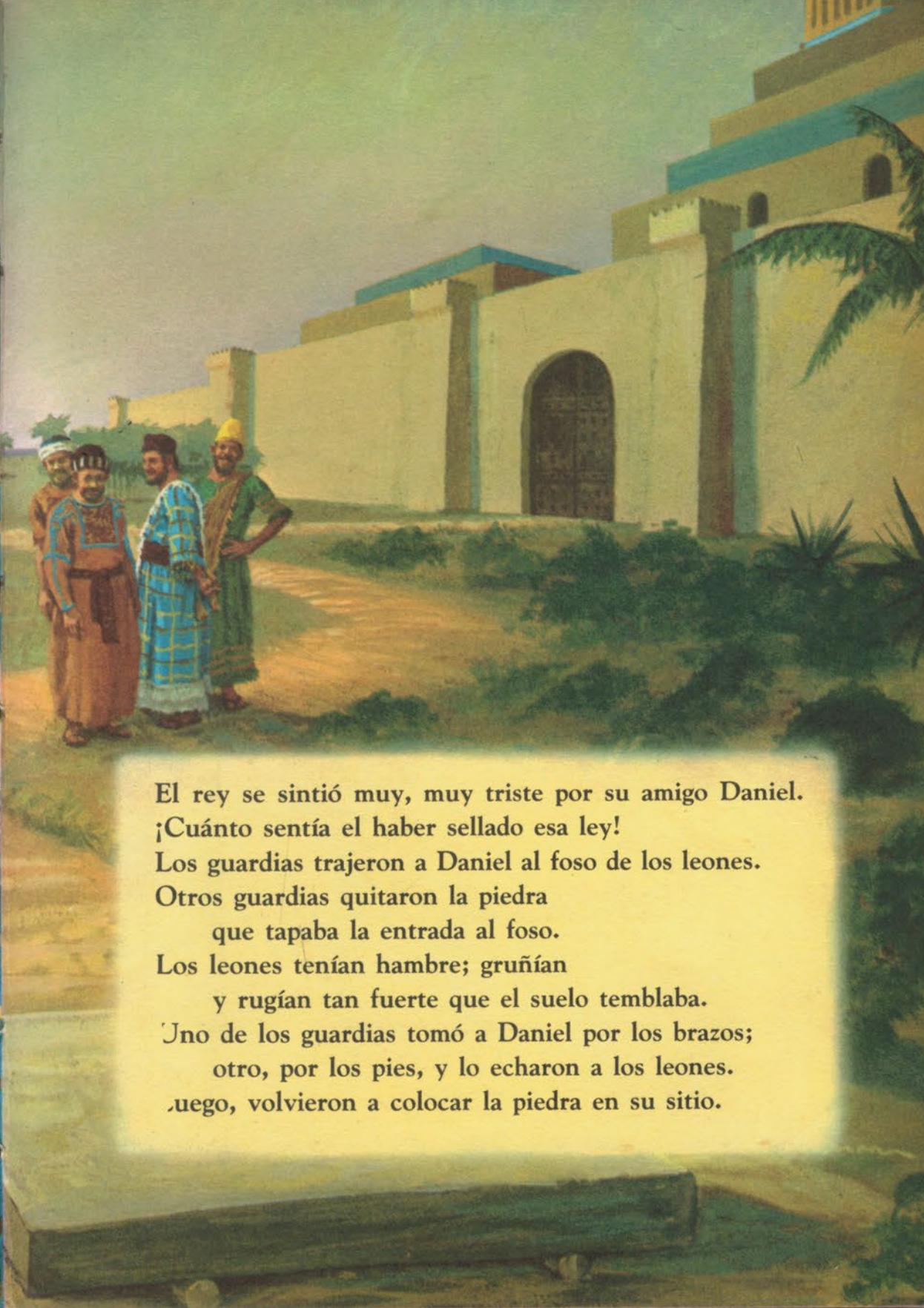


Varios príncipes se dieron prisa por llegar hasta donde estaba la casa de Daniel. Se escondieron de tal forma que podían ver la ventana que Daniel siempre abría al orar. Vieron a Daniel acercarse a su casa y entrar en ella. ¿Abriría Daniel la ventana para orar como siempre? Tal vez hoy se metería en su cámara para orar. Tal vez no oraría hasta después de los treinta días. Ansiosos, los príncipes vigilaban y esperaban.

Entonces...

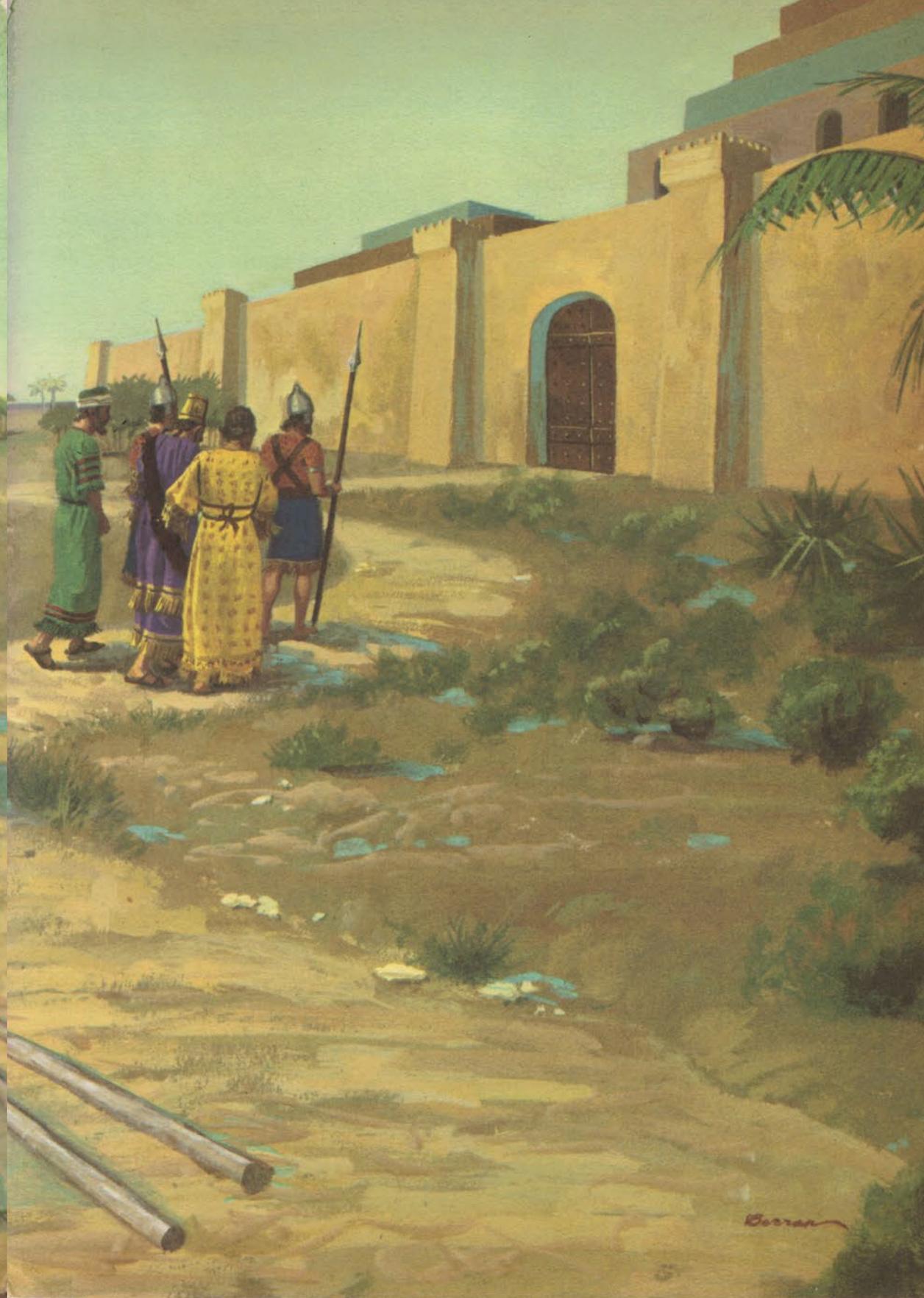
La ventana de Daniel se abrió de par en par.
Los príncipes vieron cómo Daniel se arrodillaba
y oyeron cómo oraba al Dios del cielo.
Sin esperar que Daniel dijera "Amén",
salieron corriendo para contar a los demás
príncipes lo que habían visto y oído.
Juntos irían a decírselo al rey.
El plan les había salido bien. ¡Echarían a Daniel
en el foso de los leones! ¡Se librarían de él!





El rey se sintió muy, muy triste por su amigo Daniel.
¡Cuánto sentía el haber sellado esa ley!
Los guardias trajeron a Daniel al foso de los leones.
Otros guardias quitaron la piedra
que tapaba la entrada al foso.
Los leones tenían hambre; gruñían
y rugían tan fuerte que el suelo temblaba.
Uno de los guardias tomó a Daniel por los brazos;
otro, por los pies, y lo echaron a los leones.
Luego, volvieron a colocar la piedra en su sitio.

De repente, todo quedó en silencio:
los leones ya no rugían,
y la tierra ya no temblaba,
Los príncipes, satisfechos, sonreían mirándose
unos a otros; se habían librado de Daniel.
Estaban seguros de que nunca más volverían a verlo.
Pero el rey lloró.



Finalmente llegó la noche.

Salió la luna,

acompañada por centenares de estrellas
que titilaban en el cielo oscuro.

El rey no podía dormir. No quiso comer,

y tampoco quiso que le tocaran música.

De vez en cuando, escuchaba por la ventana.

A menudo, podía oír los rugidos de los leones.

Pero esa noche los leones estaban tranquilos.





A la mañana siguiente,
en cuanto aclaró, el rey mandó llamar a su guardia
y se dio prisa por llegar al foso de los leones.

El guardia quitó la pesada piedra.

Ansioso, el rey llamó por la abertura:

—¡Oh, Daniel!, el Dios a quien sirves,
¿ha podido librarte de los leones?

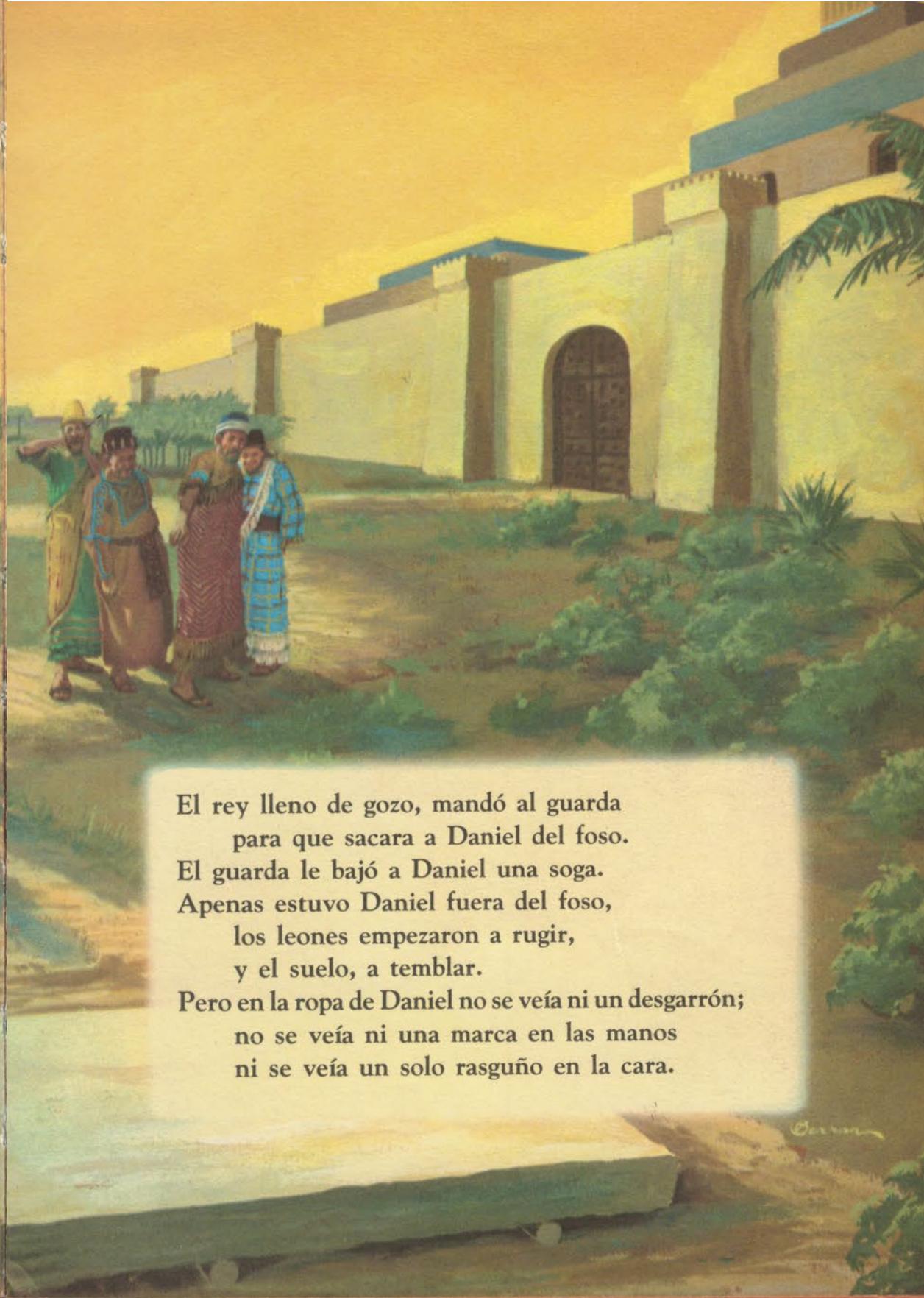
¿Le contestaría Daniel? ¿Estaría vivo todavía?

Desde abajo en el foso, subió la voz tranquila de Daniel:

—¡Oh rey, para siempre vive!

Mi Dios ha enviado a su ángel,
el cual cerró la boca de los leones
para que no me hicieran daño.





El rey lleno de gozo, mandó al guarda para que sacara a Daniel del foso. El guarda le bajó a Daniel una soga. Apenas estuvo Daniel fuera del foso, los leones empezaron a rugir, y el suelo, a temblar. Pero en la ropa de Daniel no se veía ni un desgarrón; no se veía ni una marca en las manos ni se veía un solo rasguño en la cara.

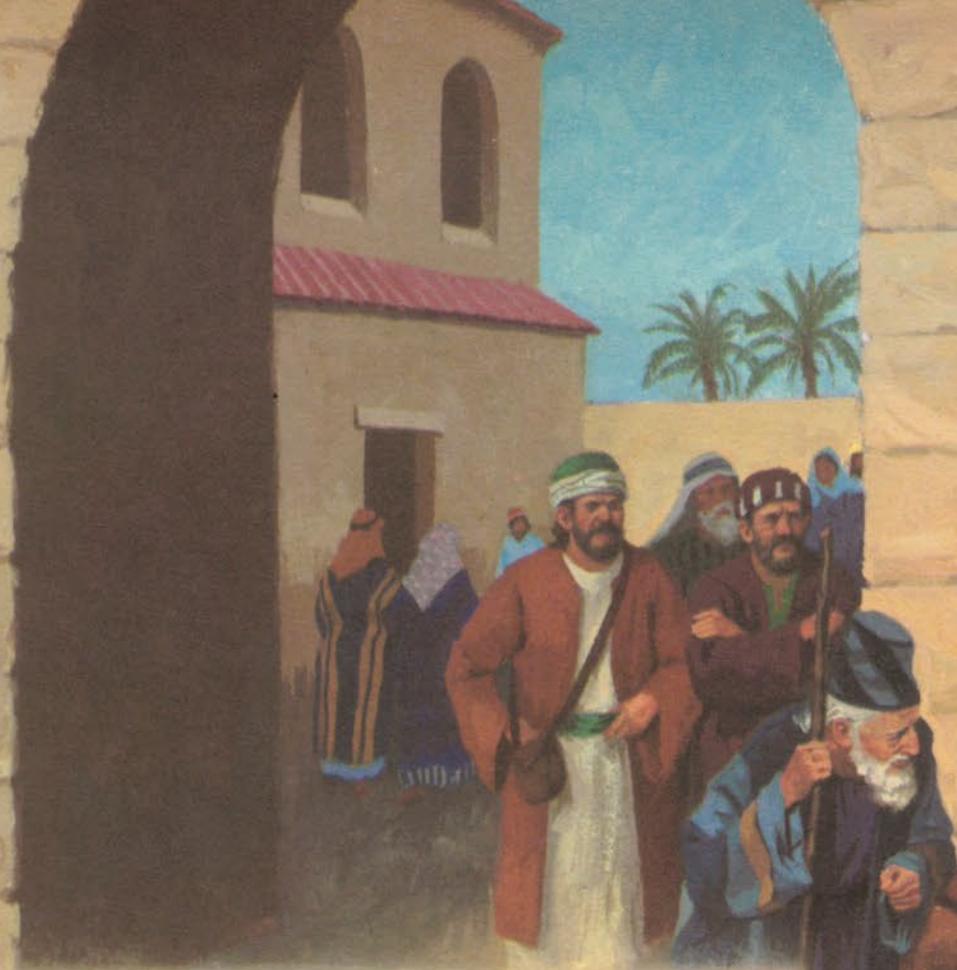


Así como Dios envió a un ángel, hace muchos años,
a fin de cerrar la boca de los leones
para que no hicieran daño a Daniel,
El ha prometido enviar un ángel hoy
para proteger a todos los que le aman.

En su libro, Dios ha escrito:

“El ángel de Jehová acampa
en derredor de los que le temen
y los defiende” (Salmos 34: 7).

¿Lo amas tú?



Zaqueo el estafador

Zaqueo era un hombre pequeño, y era un hombre rico.
Pero en toda la ciudad de Jericó nadie lo quería.

No era porque Zaqueo fuera bajito
que nadie lo quería.

Tampoco era porque Zaqueo fuera rico
que nadie lo quería.

Nadie lo quería porque Zaqueo era un estafador.
Todos los días Zaqueo se sentaba en un quiosco,
donde la gente tenía que pagar impuestos.

Todos los días Zaqueo estafaba a la gente.

La radio joven adventista...

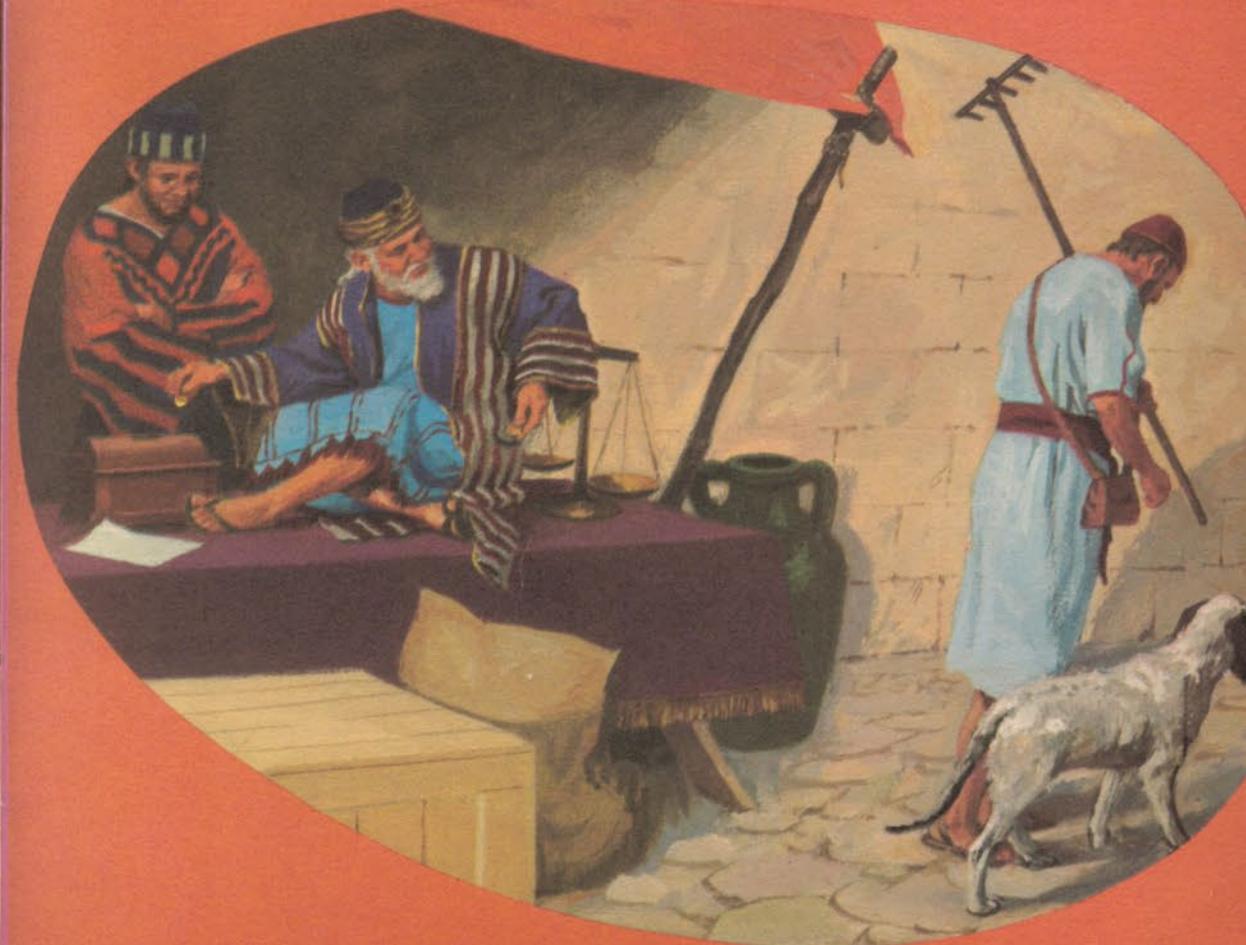


Berran



Zaqueo hacía así: si Felipe el agricultor
debía pagar su impuesto de una moneda de plata,
Zaqueo le cobraba más,
tal vez dos monedas.

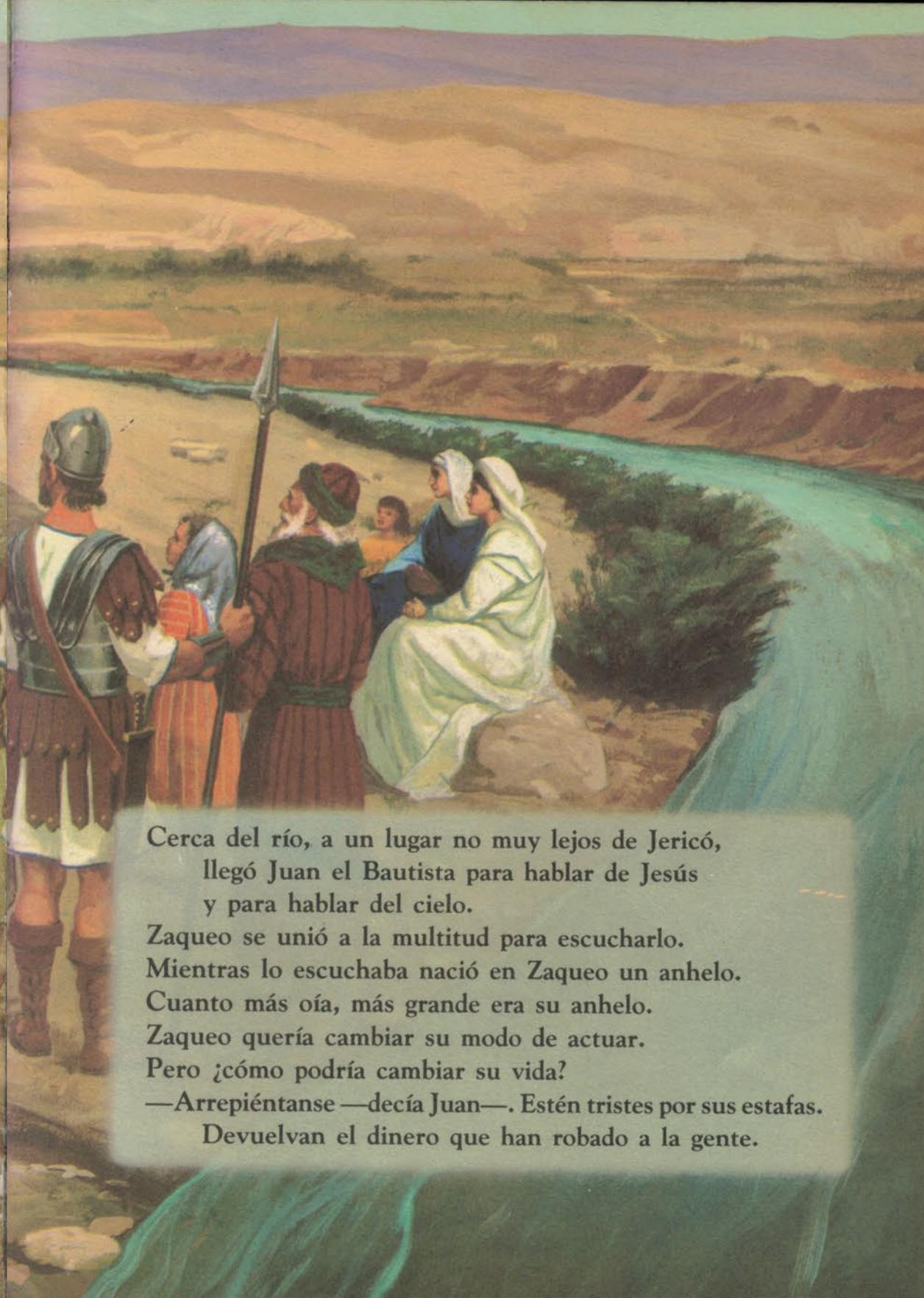
Felipe fruncía el ceño, pero tenía que pagarlo.
Después que Felipe el agricultor se iba,
Zaqueo depositaba una moneda de plata
en la caja del rey,
y se metía la otra moneda de plata
en el bolsillo de su chaqueta.





Las caravanas de camellos pasaban por Jericó,
cargadas de sal y especias.
Los dueños de los camellos
debían detenerse siempre en el quiosco
para pagar los impuestos sobre la carga.
Y siempre Zaqueo les cobraba más de la cuenta.
Sí, Zaqueo era un estafador,
y a nadie le gusta un estafador.
Pero un día sucedió algo
que cambió la vida de Zaqueo.





Cerca del río, a un lugar no muy lejos de Jericó,
llegó Juan el Bautista para hablar de Jesús
y para hablar del cielo.

Zaqueo se unió a la multitud para escucharlo.
Mientras lo escuchaba nació en Zaqueo un anhelo.
Cuanto más oía, más grande era su anhelo.
Zaqueo quería cambiar su modo de actuar.
Pero ¿cómo podría cambiar su vida?

—Arrepiéntanse —decía Juan—. Estén tristes por sus estafas.
Devuelvan el dinero que han robado a la gente.



Zaqueo se alejó rápidamente de la ribera. Estaba decidido a hacer lo que Juan había dicho: iría a ver a Felipe el agricultor, buscaría al dueño de los camellos, y a las demás personas a quienes había estafado. Les pediría disculpas. Les prometería devolverles el dinero que les había robado. El pensaba que la gente le creería cuando dijera: —Estoy triste de haberlos estafado.



Pero cuando Zaqueo decía: “Lo siento mucho”,
pocas personas le creían.
Se decían el uno al otro:
—Este siempre ha sido un estafador y siempre lo será.
Sacudían la cabeza y se daban media vuelta.
Ya nadie visitaba a Zaqueo en su casa
y nadie comía con él.
¡Pobre Zaqueo! ¿Qué podría hacer?
Si tan sólo pudiera ver a Jesús.
Sólo mirar la cara de Jesús le haría mucho bien.

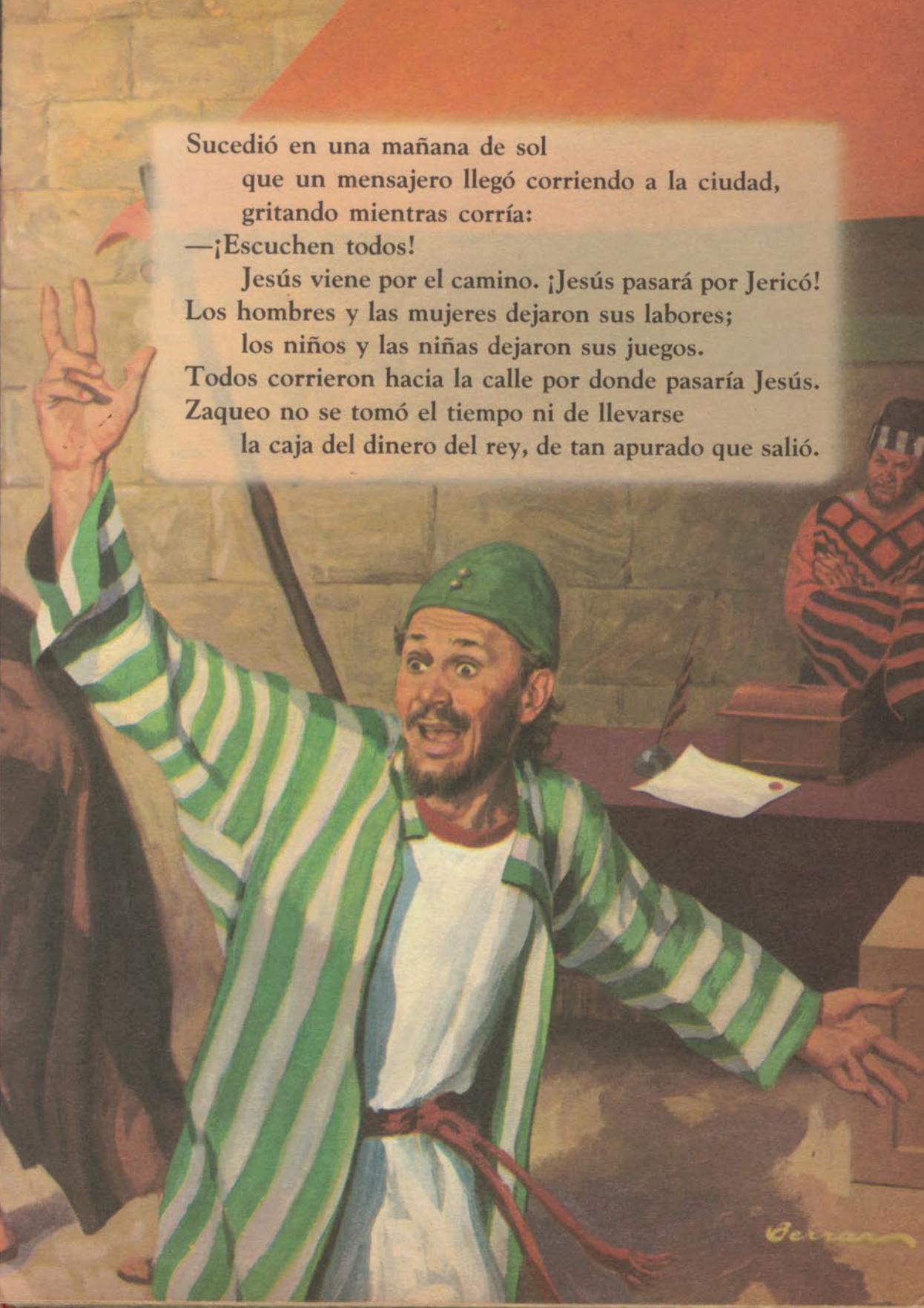
Correa



Sucedió en una mañana de sol
que un mensajero llegó corriendo a la ciudad,
gritando mientras corría:

—¡Escuchen todos!

Jesús viene por el camino. ¡Jesús pasará por Jericó!
Los hombres y las mujeres dejaron sus labores;
los niños y las niñas dejaron sus juegos.
Todos corrieron hacia la calle por donde pasaría Jesús.
Zaqueo no se tomó el tiempo ni de llevarse
la caja del dinero del rey, de tan apurado que salió.



Tu espacio
Jóvenes
La radio joven es vital...

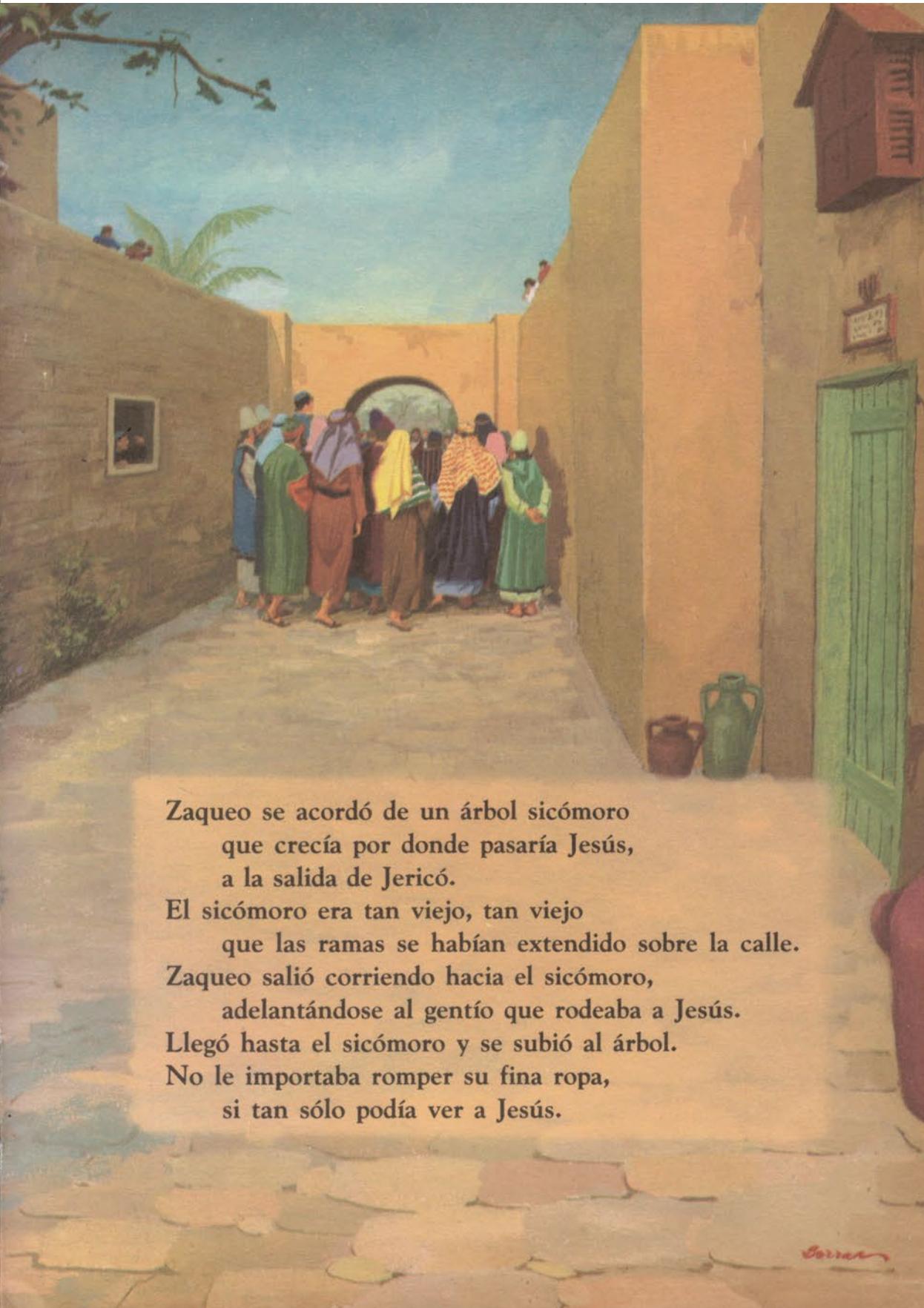


Delirium



Pero cuando Zaqueo llegó a la puerta
por donde Jesús entraría a Jericó,
la estrecha callejuela estaba llena de gente.
Era demasiado bajito para poder ver
y nadie le hacía lugar.
Zaqueo corrió para allá, corrió para acá,
buscando un lugar desde donde pudiera ver.
Tenía que ver a Jesús. Necesitaba ver a Jesús.
Pero, ¿cómo podría verlo?
Entonces, Zaqueo se acordó de algo.

Berran



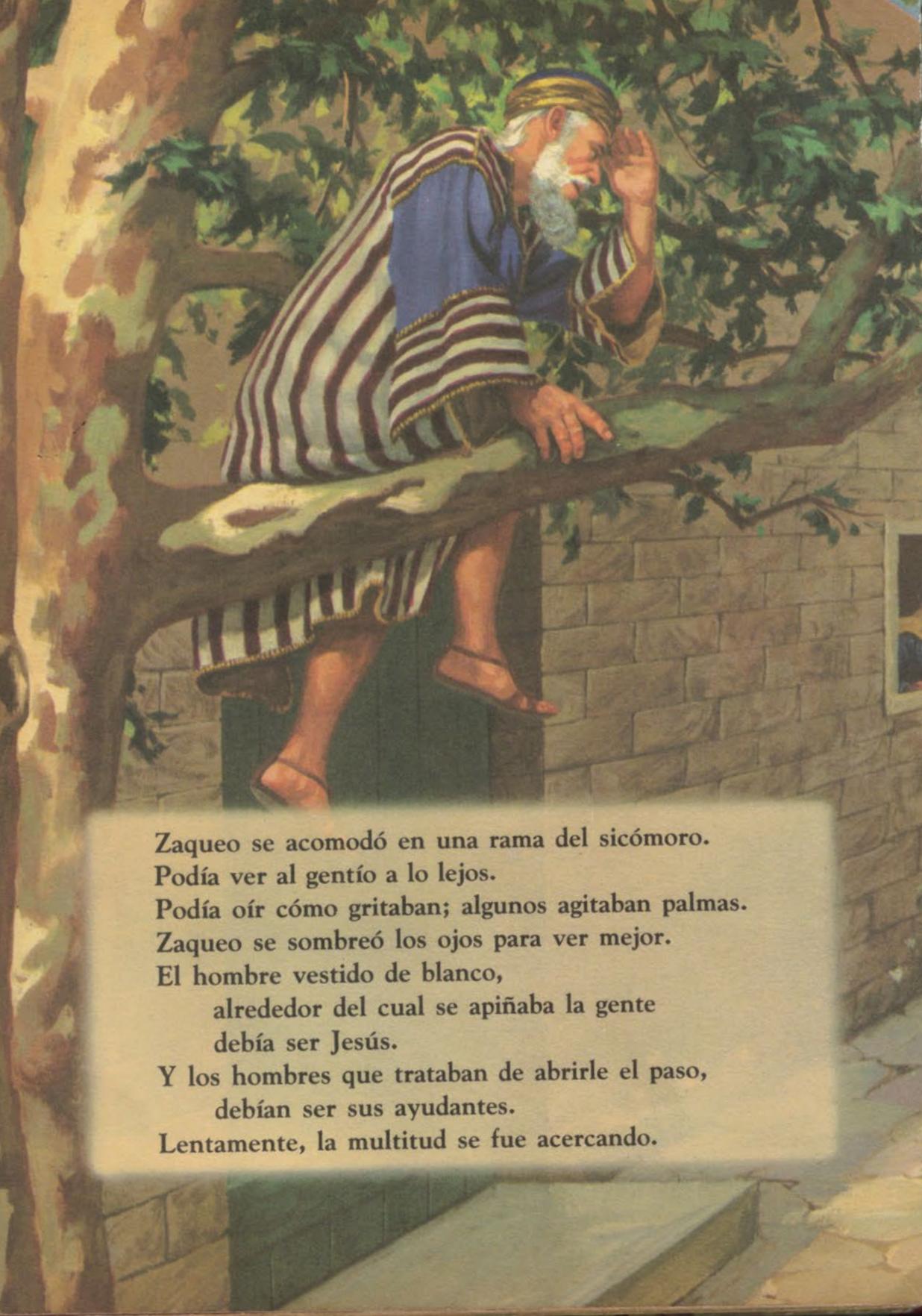
Zaqueo se acordó de un árbol sicómoro que crecía por donde pasaría Jesús, a la salida de Jericó.

El sicómoro era tan viejo, tan viejo que las ramas se habían extendido sobre la calle.

Zaqueo salió corriendo hacia el sicómoro, adelantándose al gentío que rodeaba a Jesús.

Llegó hasta el sicómoro y se subió al árbol.

No le importaba romper su fina ropa, si tan sólo podía ver a Jesús.



Zaqueo se acomodó en una rama del sicómoro.
Podía ver al gentío a lo lejos.
Podía oír cómo gritaban; algunos agitaban palmas.
Zaqueo se sombreó los ojos para ver mejor.
El hombre vestido de blanco,
alrededor del cual se apiñaba la gente
debía ser Jesús.
Y los hombres que trataban de abrirle el paso,
debían ser sus ayudantes.
Lentamente, la multitud se fue acercando.





La gente se acercaba más y más
al sicómoro que estaba cerca de la puerta.
Ahora Zaqueo podía ver mejor la cara de Jesús.
Nunca había visto una cara tan bondadosa.
Oh, si tan sólo pudiera hablar con Jesús. . . y decirle
cuánto lamentaba el haber estafado a tanta
gente; decirle que estaba decidido a devolver
todo el dinero que había cobrado injustamente.
¿Le creería Jesús? O, como los demás,
¿sacudiría la cabeza y se alejaría?

La radio, la prensa, el internet



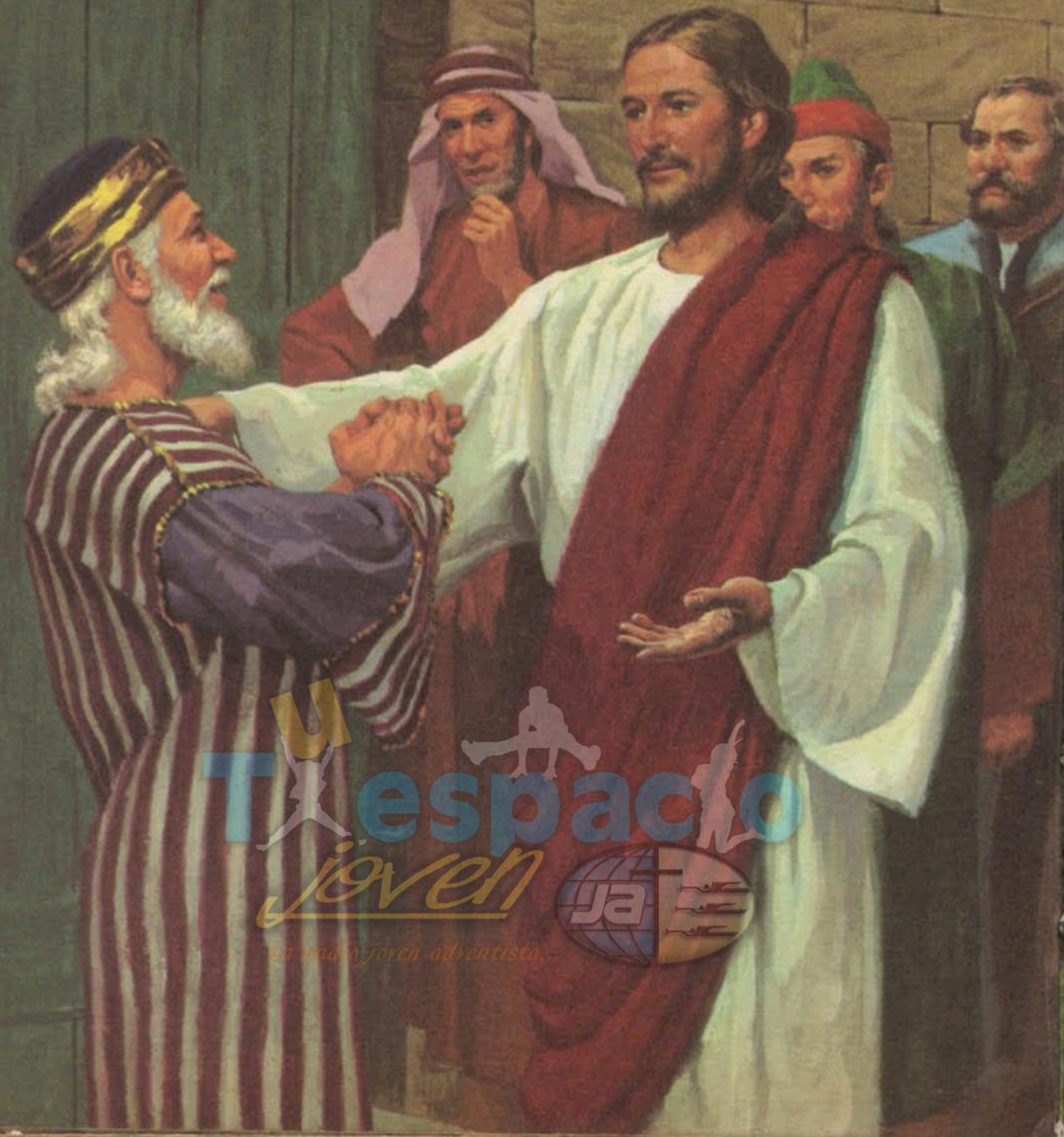
Corran



Zaqueo se inclinó para ver por última vez a Jesús cuando El pasaba por debajo del sicómoro. Pero Jesús no siguió caminando. Miró hacia arriba. —Zaqueo —le dijo—, date prisa y bájate de allí, pues hoy me quedaré en tu casa. Zaqueo no podía creer lo que oía. ¡Jesús sabía su nombre! ¡Jesús iría a su casa! ¡Jesús comería con él! Zaqueo bajó del árbol como un relámpago.

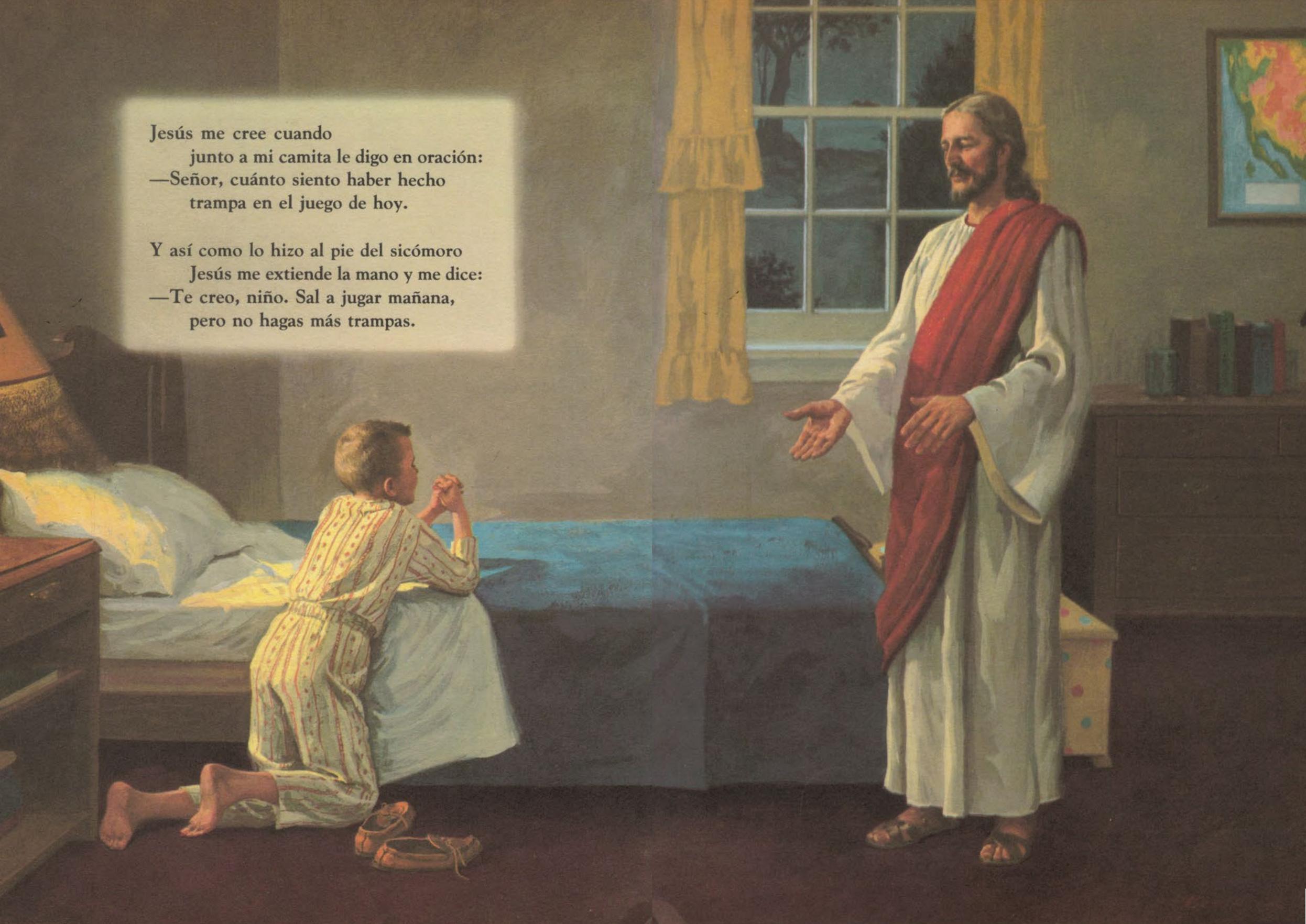
Al pie del sicómoro,
Zaqueo se paró delante de Jesús
e hizo una promesa;
no, hizo dos promesas.

—Señor —le dijo—, la mitad de todo lo que tengo
lo doy a los pobres,
y si algo he robado,
lo devuelvo aumentado cuatro veces.
Jesús extendió la mano a Zaqueo.
¡JESUS LE HABIA CREIDO!



Jesús me cree cuando
junto a mi camita le digo en oración:
—Señor, cuánto siento haber hecho
trampa en el juego de hoy.

Y así como lo hizo al pie del sicómoro
Jesús me extiende la mano y me dice:
—Te creo, niño. Sal a jugar mañana,
pero no hagas más trampas.





Jabel el pastor

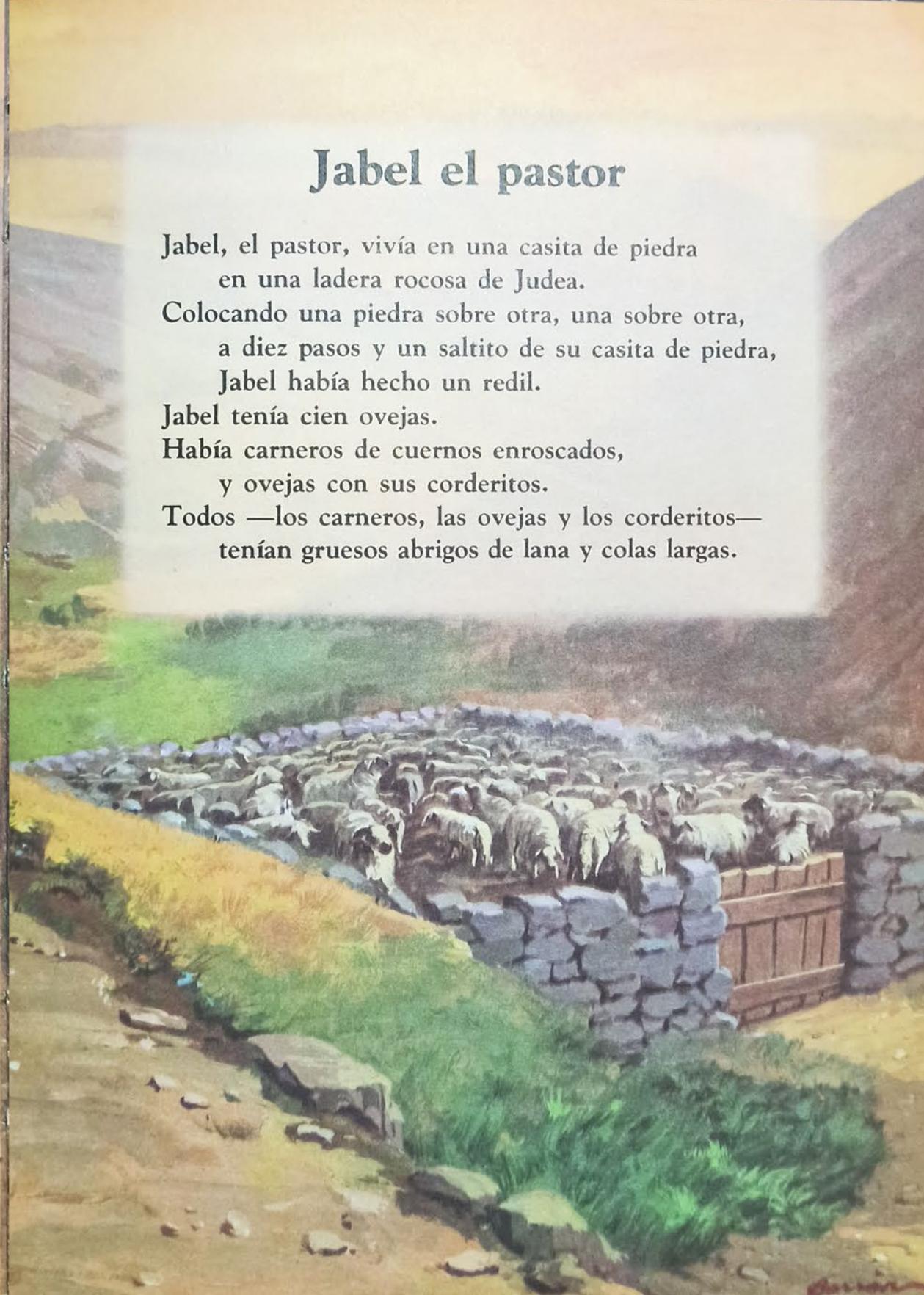
Jabel, el pastor, vivía en una casita de piedra en una ladera rocosa de Judea.

Colocando una piedra sobre otra, una sobre otra, a diez pasos y un saltito de su casita de piedra, Jabel había hecho un redil.

Jabel tenía cien ovejas.

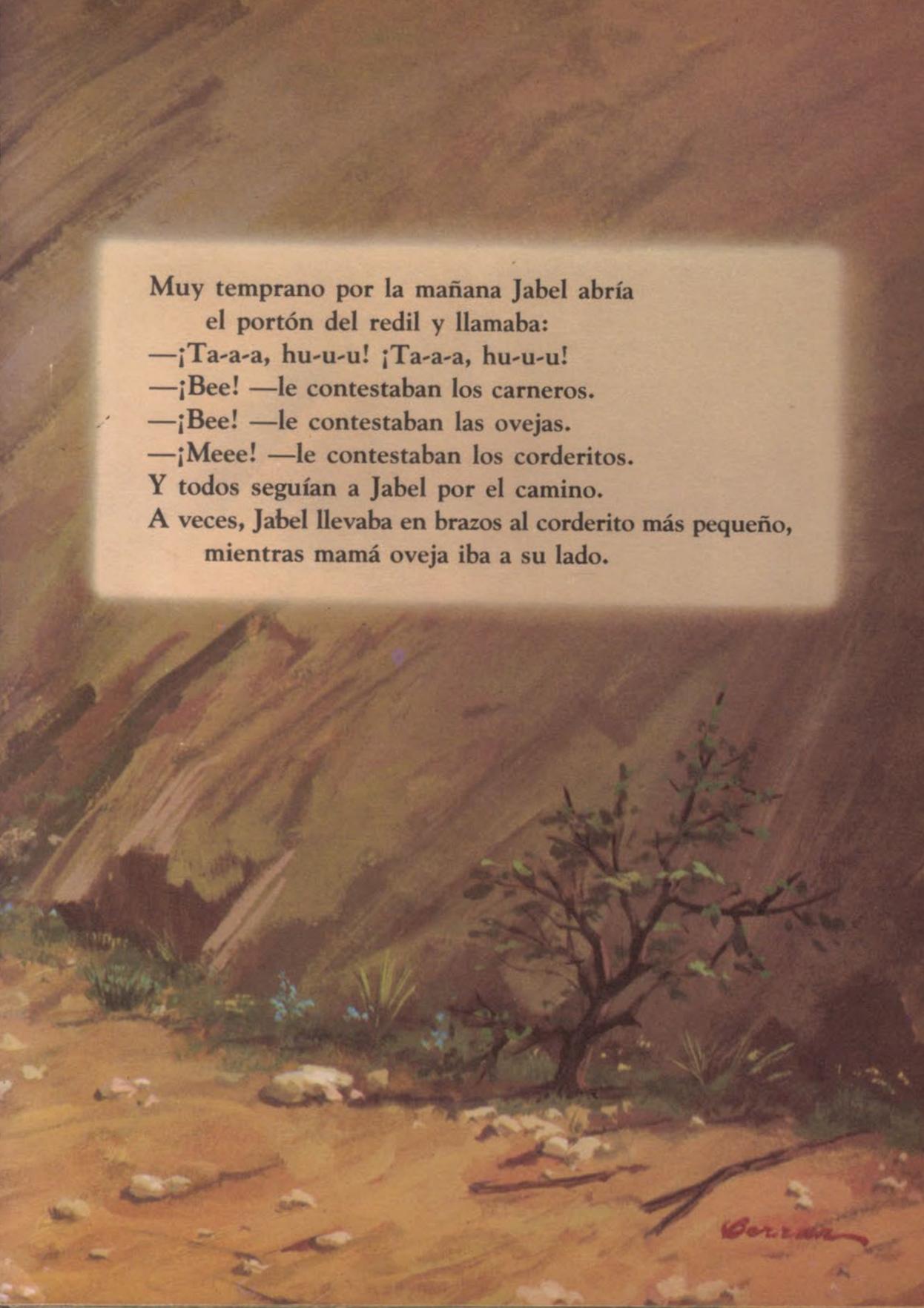
Había carneros de cuernos enroscados, y ovejas con sus corderitos.

Todos —los carneros, las ovejas y los corderitos— tenían gruesos abrigos de lana y colas largas.





Muy temprano por la mañana Jabel abría
el portón del redil y llamaba:
—¡Ta-a-a, hu-u-u! ¡Ta-a-a, hu-u-u!
—¡Bee! —le contestaban los carneros.
—¡Bee! —le contestaban las ovejas.
—¡Meee! —le contestaban los corderitos.
Y todos seguían a Jabel por el camino.
A veces, Jabel llevaba en brazos al corderito más pequeño,
mientras mamá oveja iba a su lado.





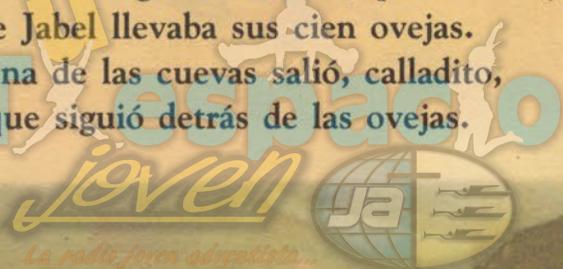
Jabel solía llevar sus cien ovejas
a un prado verde donde pudieran pacer.
Antes de llegar al prado verde, Jabel llamaba:
“¡La-a-a, la-a-a! ¡La-a-a, la-a-a!”
Y aunque tenían hambre, las ovejas se acostaban.
Jabel entonces se ocupaba de revisar la hierba
por si había hierbas y culebras venenosas.
Sacaba la mala hierba y, golpeando el suelo con el cayado,
espantaba las culebras.
El prado era ahora un lugar seguro para las ovejas.
“¡Ta-a-a-a, hu-u-u! Vengan a comer” —volvía a llamar Jabel.



Mientras las ovejas y los carneros pacían,
los corderos jugaban a las carreras.
Daban la vuelta a un arbusto y luego a otro
saltando por sobre una piedra no muy grande,
los corderos jugaban a las carreras.
Cuando un corderito tenía hambre,
no pacía como las demás ovejas,
sino que tomaba la leche de su madre.
Mientras tanto, Jabel vigilaba
su rebaño de cien ovejas.



Por la tarde Jabel llamaba a las ovejas: “¡Ta-a-a, hu-u-u!”
y dejaban el prado de pasto verde.
Ahora debían ir lejos en busca de agua.
Las ovejas necesitaban agua sólo una vez por día,
pero no les podía faltar el agua.
El camino era pedregoso; los arbustos, llenos de espinas;
las cuevas a lo largo del camino, profundas y oscuras,
por donde Jabel llevaba sus cien ovejas.
Una vez, de una de las cuevas salió, calladito,
un lobo que siguió detrás de las ovejas.



Bernard



Cuando el camino los condujo a un valle
el lobo, con un gruñido y un salto,
avanzó hacia el rebaño de cien ovejas.

El lobo quería dispersar las ovejas
y perseguir a una oveja o a un corderito,
hacerlos volver por el camino hacia la cueva,
lejos del pastor
y lejos del fuerte cayado del pastor.



Como relámpago, Jabel saltó a una roca y gritó:
“¡A-u-u-h! ¡A-u-u-h! ¡A-u-u-h!”

Y aunque las ovejas tenían miedo y querían salir corriendo,
obedecieron al llamado de Jabel.

Se apretaron unas contra otras, más y más
y aun más, hasta que el lobo no pudo esparcir las.

Entonces Jabel bajó de la roca de un salto
y con su largo cayado,
golpeó y aporreó al lobo
hasta que el lobo salió huyendo.





Luego de la lucha con el lobo,
Jabel llamó suavemente:
“¡Ta-a-a, hu-u-u!”

Y llevó al rebaño camino abajo
hasta que llegaron a un arroyo saltarín.

Jabel sabía que las ovejas no beberían
de aquellas aguas tan corrientosas.

“La-a-a, la-a-a” —les decía a las ovejas.

Con unas piedras hizo un dique
y del remanso tranquilo bebieron las ovejas.

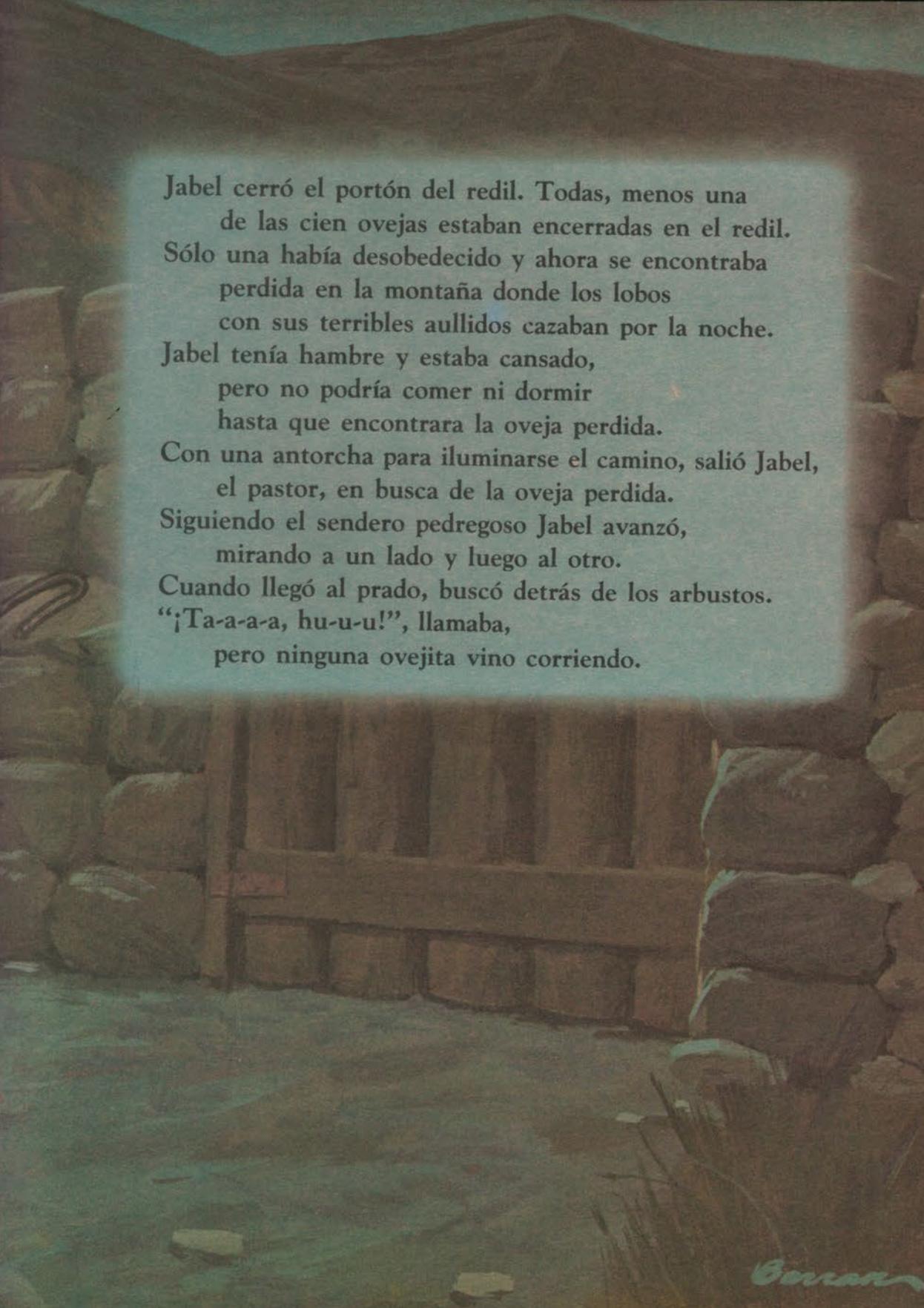
Pero una ovejita desobediente, a espaldas de Jabel,
se escabulló por la montaña.

Cuando las ovejas terminaron de beber,
Jabel las volvió a conducir al redil,
llevando en brazos a los corderitos más cansados.
En el portón del redil se detuvo para contar las ovejas
y los corderitos: "Uno... dos... tres..."
Se inclinó para untar con savia de cedro
una herida hecha por los colmillos del lobo.
"Cuatro... cinco... seis..." Derramó un poco de aceite
sobre la cabeza de una oveja cansada.
Siguió contando. Pero, la cuenta siempre le salía mal:
¡FALTABA UNA OVEJA!





Jabel cerró el portón del redil. Todas, menos una de las cien ovejas estaban encerradas en el redil. Sólo una había desobedecido y ahora se encontraba perdida en la montaña donde los lobos con sus terribles aullidos cazaban por la noche. Jabel tenía hambre y estaba cansado, pero no podría comer ni dormir hasta que encontrara la oveja perdida. Con una antorcha para iluminarse el camino, salió Jabel, el pastor, en busca de la oveja perdida. Siguiendo el sendero pedregoso Jabel avanzó, mirando a un lado y luego al otro. Cuando llegó al prado, buscó detrás de los arbustos. “¡Ta-a-a-a, hu-u-u!”, llamaba, pero ninguna ovejita vino corriendo.



Borran



Pasó las cuevas oscuras donde vivía el lobo
y llegó hasta el arroyo saltarín.
Se paró junto al estanque tranquilo y llamó otra vez:
—¡Ta-a-a-, hu-u-u! ¡Ta-a-a-a, hu-u-u!
¡Escuchen! ¿Había oído una respuesta?
—¡Me-e! —se oía, débil, un balido que venía de lejos.
Jabel trepó la montaña y allí,
en un profundo barranco,
encontró a la oveja perdida,
enredada en un matorral espinoso.
Con el cayado sacó a la oveja asustada.
Luego, alzándola sobre el hombro,
la llevó por el largo camino hasta el redil.

Jabel cantaba cuando cerró la puerta del redil,
pues adentro estaban seguras sus cien ovejas.





Jesús dice: "Yo soy el Buen Pastor".
"Mis ovejas oyen mi voz y me siguen".
Las ovejitas de Jesús son todas las personas del mundo,
negros, amarillos, rojos y blancos.
Los niños son sus corderitos.
Jesús cuida de sus ovejas y corderitos como lo hacía Jabel.
El nos dice: "Ven a mí.
Yo te daré de comer.
Yo te daré de beber.
Yo te cuidaré".



Burton



espacio
ren
Ja